

ARNAO.

HELANCOLIA

DRPS
FA
607



UNIVERSITAT D'ALACANT
Biblioteca Universitaria



0500767756

ARNAO.

MELANCOLIA

L.M.T.

*Luis M. de Tapia
y Parrella.*

Biblioteca de
RUSSELL P. SEBOLD

FL DRPS FA 10607

0500767756

MELANCHOLIAS.

MELANCOLÍAS.

MELANCOLÍAS.

MELANCOLÍAS,

RIMAS Y CÁNTIGAS

DE

SE. D. ANTONIO GU. DE ZARATE,
DON ANTONIO ARNAO.

Malinconia,
Nina gentil,
La vita mia
Consegno à te.
FIDEMENTE.



MADRID,
IMPRENTA NACIONAL.

1837.

MELANCOLIAS

LIBRO PRIMERO

DE DON ANTONIO GIL DE ZÁRATE

DOCTOR ANTONIO ARZOB



LIBRO

DE DON ANTONIO GIL DE ZÁRATE

1811

AL EXCMO. É ILMO.

SR. D. ANTONIO GIL DE ZÁRATE,

SUBSECRETARIO DEL MINISTERIO DE LA GOBERNACION,

CONSEJERO REAL, &c. &c. &c.

Estas humildes inspiraciones, eces de un alma poseida del más dulce y misterioso de todos los sentimientos, necesitan un corazón que las comprenda, y un nombre que las ampare contra el rigor de la fortuna enemiga. Buscando una y otra en mi ansiosa imaginacion, he hallado que P. simboliza

el fin á que se dirige mi deseo. Y como á esto se une la voz del deber, que me excita á reconocer públicamente las bondades que me merezca, no vacilo en poner bajo su protección mi modesto libro; seguro de que P. se las concederá, conociendo que á ella me impulsan el interés del poeta y la gratitud del hombre.

¿Seré tan desafortunada que no sepa complacer á P. al ofrecerle el testimonio de mi respeto y de mi gratitud?

Antonio Arnao.

¿PODREIS decirme qué sensación experimentais cuando en una tranquila tarde de otoño veis esconderse el sol entre nubes de púrpura, coloreando con sus últimos rayos la flotante cabellera de las gentiles palmas, las ásperas cumbres de los montes, ó las pasajeras nubes del cielo? ¿Podreis explicarme el sentimiento que inspiran el soplo del aura meciendo las hojas de los árboles, el rumor del viento que silba en las alturas, ó el sordo bramido del Océano? ¿Qué dicen el canto de un ave, ó el vagido de un niño?

No, no me lo direis; porque para revelar emociones tan misteriosas las palabras son imágenes descoloridas, y sólo una lágrima rodando por la mejilla ó un suspiro escapado del corazón pueden ser intérpretes de vuestro sentimiento.

De ese tesoro de ternura que tenemos guardado en el alma; de esa dulcísima aspiración á lo triste y á lo tierno, que todos, más ó menos, experimentamos, ha brotado este humilde ramillete de sencillas flores que se llama *Melancolías*. Vagas é indefinibles como el sentimiento que las produjo, están henchidas de lágrimas y coronadas de rocío. No son sueños de la fantasía, sino suspiros del alma.

He sentido como vosotros; las he sacado de mi corazón, y os las presento confiado en que reconoceréis su aroma que á la vez halaga y entristece.

La pálida luz de la luna bogando en mitad del cielo; el murmullo de las aguas y de los vientos; la lejana melodía que, como el canto de una hada, llega al alma en noche de estío; el suspiro de la doncella que por primera vez ama; las caricias de una madre al parvulillo que estrecha contra su regazo; la esperanza del triste que perdió su felicidad; todas esas inexplicables emociones que experimentamos en la vida, ya arrasando en lágrimas

nuestros ojos, ya haciendo asomar la sonrisa á nuestros labios, han dado origen á mis cantos, revelándose en el arpa del poeta.

Harto sé que para la sociedad descreída que nos rodea; para esta sociedad gastada que solo conmueven violentas impresiones y osados pensamientos, los cantos que voy á ofrecer pasarán desatendidos en medio de su turbulencia, como el lamento del alción en el estruendo del mar embravecido. Harto sé que habrá muchos corazones á quienes nada dirán estos quejidos exhalados de lo más hondo del alma. ¿Pero he de retroceder por su indiferencia en el camino de mi fé y de mi amor al arte?

Nó; porque todavía quedan á nuestro rededor seres que comprendan las penas y las alegrías del espítitu; porque tengo íntimo convencimiento de que este libro modesto y apasionado caerá en manos de algunas personas de alma virgen que se identificarán con mis sentimientos, á cuyos párpados asomará una lágrima de ternura, y en cuyos labios aparecerá una sonrisa de amor.

Además, mi deseo del bien (viva hoguera que brilla más, á medida que el viento y la lluvia pretenden apagarla) me impulsa á acercarme de nuevo al ara de la poesía. Y aunque mi primera ofrenda:

aunque mis *Himnos y quejas* no hubiesen tenido la feliz acogida que les dispensásteis, por ser la primera corona que mi mano tejía de las flores del alma, yo habria continuado en mi camino, seguro de hacer resonar mi voz en algunos, si bien pocos, corazones.

Este mismo deseo ha dado á mis débiles concepciones el tinte de tristeza que en ellas domina. El poeta debe revestir sus fantasías de cierto color suave y melancólico, si quiere contribuir por su parte á embalsamar las hondas heridas de nuestra convulsa sociedad, necesitada de oír voces apacibles que hagan brotar de su seno lágrimas de dulzura. Y como estas son bálsamo celestial que desahoga nuestras penas, repitiendo lo que dice el sublime Lamartine :

*Tombez, larmes silencieuses,
Sur une terre sans pitié,*

he derramado las mías, esperando que así como el rocío de la noche cae en el cáliz de tiernas flores, que lo recogen ansiosas, del mismo modo ellas caerán en algunas almas, que las recibirán con placer, aunque muchas se pierdan en el indiferentismo de la multitud.

..... *Le lacrimé*
Son la miglior preghiera!

Así decia Niccolini de este dulce consuelo que Dios nos ha otorgado en nuestras penas, haciendo elocuentemente su elogio en tan breves y sentidas palabras. En efecto, el cielo ha querido que nos comuniquemos con él en el silencio de la soledad y por medio de estos intérpretes que tan claros le ofrecen nuestros sentimientos.

No penseis que busco la corona del triunfo, pues conozco mis débiles fuerzas y sé cuánto exige el culto del arte. Solo quiero proporcionaros algunos instantes de distraccion á vuestros disgustos, y dirigiros una voz de esperanza que os aliente á seguir la senda de la vida, hasta que halleis en otra patria el apetecido reposo que ninguna pena desvanece.

Tal es el único fin que llevo, tal el galardón que puede recompensarme. Y si vosotros (los que no os avergonzais de las lágrimas) permanecéis secos al oír mis cantos, mia será la culpa por no haber sabido dar formas bellas á los sentimientos puros y espontáneos del alma.

Si así sucediere, perdonadme en gracia de mi deseo.

Las obras de este autor son de gran utilidad para los que se ocupan en las ciencias naturales y en las artes que dependen de ellas. En el presente que vamos a publicar esta obra, nos damos a conocer por medio de ella al mundo de las ciencias y de las artes, y por medio de ella a los sabios que han escrito en ellas. En el presente que vamos a publicar esta obra, nos damos a conocer por medio de ella al mundo de las ciencias y de las artes, y por medio de ella a los sabios que han escrito en ellas. En el presente que vamos a publicar esta obra, nos damos a conocer por medio de ella al mundo de las ciencias y de las artes, y por medio de ella a los sabios que han escrito en ellas.

INTRODUCCION.

En el presente que vamos a publicar esta obra, nos damos a conocer por medio de ella al mundo de las ciencias y de las artes, y por medio de ella a los sabios que han escrito en ellas. En el presente que vamos a publicar esta obra, nos damos a conocer por medio de ella al mundo de las ciencias y de las artes, y por medio de ella a los sabios que han escrito en ellas.

INTRODUCCION

EL ÁNGEL DE LA MELANCOLIA.

Ven á mí, ven á mí, que estoy sediento
De ver el resplandor de tu belleza,
De aspirar el aroma de tu aliento,
De percibir tus himnos de tristeza.

¡ He aquí mi corazón! ¡ He aquí mi lira!
Baja, pues, como en noche del estío
Rayo de luna que consuelo inspira,
Refrigerante lluvia de rocío.

Rico de amor, y con el alma llena
De misterioso afán y de amargura,
Anhelo descubrir tu faz serena
Por encontrar consuelo en su ternura.

¿Dónde, espíritu, estás? ¿Será que en vano
Te llamarán mi llanto y mis gemidos?
¿Nunca verán tu rostro soberano
Mis tristes ojos en tiniebla hundidos?

Mas ¡oh! ya suena por el ancho cielo
El sonoro murmullo de tus alas...
Oigo cerca de mí tu blando vuelo...
Siento el aroma celestial que exhalas...

Ya distingo tu blanca vestidura
Entre la roja tinta del ocaso...

EL ÁNGEL.

¿Qué me quiere la voz de la amargura?
¿Soy yo la dicha del mortal acaso?

¡Oh tú que así me llamas
En lágrimas deshecho,
Pues mis consuelos amas,
Yo bajaré á tu pecho,
Velado en la luz cárdena
Del moribundo sol;
Y enjugaré tu llanto
De amor y desconsuelo;

Te inspiraré mi canto,
Y huiré cuando en el cielo
Muestre la aurora angélica
Su azul y su arrebol.

Yo tengo entre la sombra
Mi incógnito palacio,
Que tiene por alfombra
Las nubes del espacio,
Donde con voz dulcísima
Habla la soledad.

El duelo y la amargura
No pasan sus umbrales;
La paz y la ternura
Lo habitan inmortales,
Vertiendo dulces lágrimas
De amor y de piedad.

No tienen mis jardines
Vistoso mar de flores,
Ni sueltos colorines,
Ni alegres ruiseñores,
Ni los arroyos límpidos
Murmuran á mis piés.

En ellos solitaria
Nace la sensitiva,
La dulce pasionaria,
La tierna siempreviva,
Y como doble símbolo
La palma y el ciprés.

Allí van los lamentos
Del alma atribulada,
Que sufre en los tormentos,
Y espera resignada.
Allí suben las súplicas
Del infeliz mortal;

Y en vez de bulliciosos
Cantares de alegría,
Los ayes amorosos
Que la tristeza envía,
Son la apacible música
Que suena celestial.

Y ya que dirigiste
A mí tu voz doliente,
Como el lamento triste
Del huérfano inocente,
Yo enjugaré tus lágrimas,
Yo te daré mi amor.

En cariñoso empeño
Te velaré de día,
Y arrullaré tu sueño
Cantando al arpa mía,
La gloria de los miseros,
El triunfo del dolor.

EL ALMA.

¡Oh, sí: ven á mí, ven! Tan solo quiero
Sentir con fé tu dolorido canto,

Como divino acorde lastimero
Que me viene á inspirar en estro santo.

¡Así tu aliento celestial me inflame
Para que noble ardiendo el alma mía,
Por las cuerdas del arpa se derrame
En undoso torrente de armonía!

Mas, ah! ¿Qué sueño de feliz reposo
Por mis cansados miembros se difunde?
¡Brilla á lo lejos horizonte hermoso!
¡Fuego divino por mis venas cunde!

Y llegan hasta mí cantos henchidos
De una vaga esperanza de victoria...
Mezclados van con llanto y con gemidos...
¿Serán tal vez los ecos de tu gloria?

¡Son himnos de dolor y desconsuelo!
¡Son la voz de los tristes! ¡Son su llanto!
Espíritu de amor, baja del cielo...
¡Yo tambien á su voz uno mi canto!

LA CASTELLANA.

¿Por qué está la castellana
Mirando tan tristemente
Desde la ojiva ventana
Al sol que baja á Occidente?
¿Qué busca cuando allí mira?
¿Por qué con dolor suspira?
¡Ay! espera
Ver cuál torna el dulce esposo
Que partiera,
Que partiera como bueno
Á combatir valeroso
Por la Cruz del Nazareno.

Su castillo, triste ahora,
No resuena cual solía
Con la danza bullidora
Ó el festín de la alegría.
Hoy en compasado acento
Se oyé el cantar del atento
Centinela,
Que allá en la almenada torre
Fijo vela;
Ó el rechinar del rastrillo,
Ó el son del agua que corre
Por el foso del castillo.

Cuando el sol baja á los mares
Ella al alfeizar se asoma,
Lamentando sus pesares
Cual solitaria paloma.
Y allá en la inmensa llanura
Divisar se le figura
Cómo llega
Rauda nave misteriosa
Que navega
Con las alas de los vientos
Y al verla, triste y gózosa
La saluda en sus lamentos.

Y pasa la noche entera
Sin notar en su martirio
Que todo es vana quimera
De su amoroso delirio.

Y al ver que la clara aurora
Su ilusión consoladora
Desvanece,
Baña el llanto su mejilla
Que aparece
Como en mañana de estío
Blanca azucena que brilla
Con las perlas del rocío.

¿Qué voz resuena á deshora
Á las puertas del castillo?
— Es un trovador que llora
La memoria de un caudillo.
Perdido en la sombra oscura
Canta trovas de amargura;
Y en su canto
Le escucha la castellana
Con espanto:

« Él era noble y guerrero;
« Partió á la guerra lejana...
« ¡No tornará el caballero!
« Caballero que á la guerra
« Fuiste ganoso de gloria,
« Aunque la tumba te encierra,
« No morirá tu memoria.
« Ya sobre tu tumba crece
« Laurel que verde florece
« Pronto en ella
« Dirá el trovador errante

« Su querella ;

« Y, al hallarla en su camino ,

« Se postrará suplicante

« El piadoso peregrino. »

¿ Por qué al oír tal lamento
La castellana suspira ?

¡ Ay ! Aquel sentido acento

Tristeza mortal le inspira.

¿ Para qué ya vivir quieres ?

No á tu paladin esperes.

Si ese canto

Te dijo su fin glorioso ,

Brote el llanto :

El calme tu angustia fiera ;

El acompañe piadoso

La soledad que te espera.

Ya vuelven los caballeros ;

Gallardos vienen y bravos :

En pos llevan altaneros

Tropa de humildes esclavos.

¡ Cómo flotan sus airones !

¡ Cuál relinchan sus bridones !

Ya llegaron...

A las puertas del castillo

Se pararon...

¿ No sales á la ventana ?

El sol da su postrer brillo...

Asómate , castellana.

Ya en brazos del noble esposo

La hermosa dama suspira ;

Mas en su afan amoroso

Piensa que loca delira.

Tu desventura fué un sueño :

Ya volvió , volvió tu dueño.

Su sol fuiste ,

Y en el combate reñido

Le seguiste.

Partió ganoso de gloria ,

Y por fin tornó ceñido

Del laurel de la victoria.

blanca sonda; mis palabras que
A la luz trillante del día
Permanece en el alma mía
Viva llama de luz celestial.
Quiero ver su gentil perfume
Y en el cielo percibir la mira
Solo escucho en mi alma susurro
Cual un eco de voz inmortal.

II.

— ¡Es mi madre que susurra viva
A inspirarme en mi triste jornada
Fuera el alma de dicha celestial
He sus palabras susurro en pos
Y vibrando
AL DESPERTAR.
En mi canto de amor misterioso
Va susurrado su nombre amoroso
Con el nombre celestial de Dios.

Como el eco doliente del arpa
Que resuena en el bosque sombrío,
Como en plácida noche de estío
De la fuente lejana el rumor,
Murmurando en acento apacible,
Me despierta una voz misteriosa,
Cuando en nubes de nácar y rosa
Muestra el alba su lumbre de amor.

Blanca sombra mis párpados abre
A la luz rutilante del día,
Derramando en el ánimo
Viva llama de luz celestial.

Quiero ver su gentil hermosura,
Y en el cielo perderse la miro:
Solo escucho su amante suspiro
Cual un eco de voz inmortal.

— ¡Es mi madre que angélica viene
A inspirarme en mi triste morada!
Vuela el alma de dicha embriagada
De sus blandos suspiros en pos;
Y vibrando gozosa la lira,
En mi canto de amor misterioso
Va mezclado su nombre amoroso
Con el nombre celeste de Dios.

III.

VIDA Y MUERTE.

El ángel de la muerte
Que sobre el mundo vela,
De tu morada triste
Llamó ayer á las puertas.

Fuése al humilde lecho
Donde en amarga pena
Tu anciano padre oía
Las horas postrimeras;

Y el grito desdeñando
De tu amargura inmensa,
Con su afanoso espíritu
Voló á la patria eterna.

¿Por qué tan sin consuelo
Gimes, paloma bella,
Por el que ya dichoso
Libróse de cadenas?

Si sabes que la vida
Se pasa en la tristeza,
Cual fugitivo arroyo
Que en espinar serpea;

Si sabes que hay un reino,
Premio de la inocencia,
Do brilla sin ocaso
Un sol de luz excelsa,

¿Por qué lloras su suerte?
¿Por qué le llamas ciega?
Llora más bien la tuya,
Tú que á vivir comienzas.

Tambien, cual tú, soy triste,
Y en noche de tiniebla
Sufro el comun destino
De lágrimas y penas.

La carga de la vida
Sobre mis hombros pesa,
Y espero que la muerte
Á libertarme venga.

Con ciega fé sigamos
De la virtud las huellas:
Viva el alma en el cielo;
More el cuerpo en la tierra,

Sin olvidar un punto,
Oh cándida doncella,
Que el justo por la tumba
Al reino de Dios entra.

IV.

INDIFERENCIA.

Desde el dulce momento
En que á los rayos de mi edad de oro
Brilló mi pensamiento,
Desde entonces, oh Lálage, te adoro;
Desde entonces por tí morir me sientó.

¿Qué espera el alma mía?
En vano, con amor, mi amor te llamo
Por la noche y el día.
¡No comprendes el fuego en que me inflamo!
¡No comprendes mi ciega idolatría!

¿Qué alcanza mi ternura?
La noble aspiración que siento al verte
¿Cuál galardón me augura?
Quiero amarte á despecho de la suerte
¿Y llamas á mi amor fugaz locura?

Mas ¡oh! tras duelo tanto,
Pronto en su seno apagará la tierra
Mi amor y mi quebranto.
Verás entonces lo que el alma encierra,
Y entonces llorarás..... ¡Inútil llanto!

EXHIBIRÉ Y LA

Desde el dulce momento
En que á los rayos de mi vida da oro
Brillo un pensamiento
Desde entonces, oh! Ciego, te adoro
Desde entonces por ti muero me siento
¿Qué esperar, ¿qué hacer más?
En vano con amor me amarte llevo
Por la noche y el día
No comprendo el fuego en que me inflamas
No comprendo un amor así.

LLANTO INÚTIL.

(BALADA.)

Á la moribunda luz
Del sol que en la mar caía,
Una doncella venía
Á llorar ante una cruz.

Y cuando sumida estaba
En éxtasis tan doliente,
Se alzó un ángel lentamente
De la tumba en que lloraba.

— ¿Á quién lloras? dolorido
Clamó, viendo su querella.
Y respondió la doncella
Tan solo con un gemido.

— ¡Huye! No turbes el sueño
Del que al fin goza de calma.
— ¡Era el dueño de mi alma!
¡Ay de la esclava sin dueño!

— ¡Huye! ¡Piedad ilusoria!
¿De qué sirven tus dolores?
Suspira por tus rigores,
Pero no por su memoria.

¡Respetar la paz de un triste!
¿Para qué á llorarle vienes
Cuando tú con tus desdenes
Penas y muerte le diste? —

Dijo, y desplegando el vuelo
Remontóse á su morada.
Ella le vió desolada
Desvanecerse en el cielo.

Y mientras muerta caía,
Cual flor que se agosta en Mayo,
Lanzaba su último rayo
El sol que en la mar se hundía.

VI.

EL HIMNO DE LOS ANGELES.

(EN LA CORONA POÉTICA DE LA PRINCESA DE ASTURIAS.)

¿Qué misteriosa música,
De amor y encanto llena,
Por la callada atmósfera
Suavísima resuena
Más que el suspiro trémulo
Del viento y de la mar?
Sus vibraciones mágicas,
Su blanda melodía,
Son expresión de un cántico
De gozo y de alegría;
Himno que el alma atónita
No sabe descifrar.

Rayo de luz insólita
Brilla en el firmamento ;
Cunde y aumenta rápido ;
Inflama el vago viento ,
Y pronto es mar vivísimo
De espléndido arrebol.

Y en medio de aquel piélago
De lumbre misteriosa ,
Descienden los espíritus ,
En nubes de oro y rosa ,
Venciendo la luz fúlgida
Del rutilante sol.

Son los alados ángeles
Que en no aprendido coro
Bajan , oh niña cándida ,
Cabe tu cuna de oro
Para arrullar benéficos
Tu sueño virginal.

Y en la cohorte mística
Del cielo soberano ,
Hoy ángel ; si antes príncipe ,
Tu venturoso hermano ,
Para enjugar tus lágrimas ,
A tí viene inmortal.

Oh egregia niña , miralos
Bajar del almo cielo ,
Y ante tu cuna espléndida
Tener el manso vuelo ,

Dando en tu frente un ósculo
De santa bendicion.

Y al resonar dulcísima
Su voz immaculada ,
Responde un eco plácido
Por tu imperial morada ,
Que en amorosos éxtasis
Suspende el corazon.

« Oh tú — dice su cántico —

« Paloma apeteuida ,
« Que has traspasado el límite
« Del no ser á la vida ,
« Viendo llanuras fértiles
« De rosas por do quier ;
« Recibe la luz nítida
« Que el Ser Omnipotente
« A tí concede pródigo
« Para guiar tu mente
« Por este valle mísero
« De pena y de placer.

« Una diadema fúlgida ,
« Timbre de humana gloria ,
« Y una preciosa página
« Del libro de la historia ,
« Te esperan cuando tímida
« Comienzas á vivir ;
« Mas nuestro amor solícito ,
« Que no te desampara ,

« Otra corona célica
« Más bella te prepara
« Que solo en santo júbilo
« El justo ha de ceñir.

« Cuando su vuelo rápido
« El tiempo alado tienda
« Y en tu inocente espíritu
« El vivo fuego encienda,
« Que abrasa en nobles ímpetus
« La juvenil edad,
« Llena de amor magnánimo,
« Solo en tu pueblo piensa;
« Y de tus hechos inclitos
« En justa recompensa
« Serás emblema y símbolo
« De gloria y de piedad.

« Y tú, que en trono espléndido
« Te asientas sin mancilla,
« Depon la régia púrpura
« Y el cetro de Castilla,
« Y da en su frente angélica
« El beso del amor.
« Tú, madre y reina, enséñale
« De Dios el nombre santo,
« Á castigar al pérfido,
« Á consolar el llanto;
« É irá, de un trono efímero,
« Al trono del Señor.»

Así cantan los ángeles
Con celestial dulzura...
Alzan el vuelo, y piérdense
Por la divina altura,
Fragancia y luz purísima
Dejando en pos de sí.

Y en la region etérea
Se van desvaneciendo,
Con sus acentos últimos
Á tí, oh niña, diciendo:
«La palma de los mártires
Recibe el justo aquí.»

VII.

EL CANTO DEL CISNE.

Si las cuerdas del arpa lastimera
Baña la lluvia fría,
No más producen, aunque el vate quiera,
Suspiros ni armonía.

¿Cómo tú, dulce amiga, pretendiste
Sentir mi rudo canto
Si están las cuerdas de mi lira triste
Empapadas en llanto?

Mas ah ! no sabes hasta dónde alcanza
El rigor de mi pena :
Ves brillar en mis ojos la esperanza ;
Ves mi frente serena ;

Jamás oyes salir del labio mio
Querellas de amargura ,
Y juzgas que mi llanto es llanto impío ,
Agravio á mi ventura.

Mi pobre corazon, oh tierna amiga,
Herido está de muerte ;
Mas la fortuna ingrata y enemiga
Más grande lo hace y fuerte.

Abrigo una esperanza tan hermosa,
Que es mi mayor tesoro ;
Y en medio del dolor que en mí rebosa ,
Sin lamentarme, lloro.

Bien sabes tú que el corazon doliente
Logra la mejor palma.
¿ Qué conoce del mundo quien no siente
La tristeza en el alma ?

Por eso ya no puedo en mis pesares
Robar al arpa mia ,
Cual en tiempo de júbilo, cantares
De insensata alegría.

Hora si el arpa entre mis manos gime,
Exhala flébil canto ;
Voz que rebosa de dolor sublime
Y arranca triste llanto.

Voz que arrebatá al alma en ráudo giro
De la region del mundo.
Es el último canto, es el suspiro
Del cisne moribundo.

Si así quieres oír doliente y pura
Mi cántiga sencilla,
Óyela, pues, y llanto de ternura
Bañará tu mejilla.

Mas si buscas tal vez en mis canciones
Placer, júbilo vano,
Pídelos á felices corazones...
El dolor es mi hermano.

VIII.

EL ADOLESCENTE.

¡Ah! ¿No le veis? ¡Cuán hermoso!
¡Cuán hermoso está el mancebo!
La aurora baña su frente
Con purísimos reflejos;
Sus guedejas de oro fino
Flotan á merced del viento;
Sus ojos que fé respiran
Son del azul de los cielos...
Por vez primera en su alma
Arde del amor el fuego;
Sus mejillas lo publican,
Publicanlo sus lamentos.
¡Oh! ¡Cuán hermoso es su rostro!
Parece un ángel, ¿no es cierto?

Niñas, niñas inocentes
Que buskais amor sincero,
Amadle, pues no es del mundo
La llama que arde en su seno.

Como el sol que se remonta
A inflamar el firmamento,
El sol de la adolescencia
Le inflama en divino fuego.

Rico de luz, á sus ojos
Brilla un horizonte inmenso:
Su corazon lleva el gérmen
De lo grande y de lo bello.
¿Cuál será la venturosa
Que gane su amor primero?

Entrando va por la vida
Como en un vergel risueño
Por la pureza alumbrado,
De blancas rosas cubierto.

Ya las pasiones se aprestan
Á mancharle con su aliento:
Id vosotras, dulces niñas,
Y sed sus ángeles buenos.

Dichosa la que le entregue
Su corazon puro y tierno:
Un amor como el de un ángel
Llevará la hermosa en premio.

¡Ah! Como dulce su rostro
Es generoso su pecho.

IX.

LA ADOLESCENTE.

La niña Luz que inocente,
Con infantil alegría,
Feliz há poco reía,
Recóndita pena siente.

Sus propias cuitas ignora;
Mas conoce que es estrecho
Para el corazon su pecho,
Y desconsolada llora.

Cuando alegre el sol despunta
Sale á cantar con las aves :
Oye sus trinos süaves
Y «¿ qué decís ? » les pregunta.

Va á la fuente , y en el agua
Su rostro afanosa mira ;
Y , sin voluntad , suspira ,
Y mil quimeras se fragua.

Con ternisimos cantares
Saluda al sol en ocaso
Mirándole paso á paso
Hundirse triste en los mares.

Y al ver volar una hoja ,
Ó al sentir el són del viento ,
Indefinible tormento
Su corazon acongoja.

Unas veces de afan llena ,
Triste mirando á la luna ,
Sin conocer pena alguna
Le refiere extraña pena :

Otras al susurro blando
Del céfiro en la enramada ,
Como si fuese llamada
Respóndele suspirando ;

Y si escucha los concentos
De algun cantar apacible ,
Luz , con afan indecible ,
Prorumpe en dulces lamentos.

¿Qué vaga melancolía
Siente esta niña hechicera ,
Esta niña que ayer era
Todo juegos y alegría ?

¡Miradla ! ¡Allí va ! Murmura
Tierna oracion misteriosa :
Hada parece en lo hermosa :
Es un ángel en lo pura.

¡Miradla ! ¡Cuán hechicera !
¡Cuán leve y suelto su talle !
¿Es tan gentil en el valle
La cimbradora palmera ?

Vaga por sus labios rojos
Fresca , inocente sonrisa :
Es su voz como la brisa ;
Son cual la noche sus ojos.

Corona de tiernas rosas
Ciñe sus negros cabellos ,
Y entretejidas en ellos
Parecen muy más hermosas.

Siéntase á la sombra amiga
De aquel álamo frondoso,
Y presto en dulce reposo
Su afan el sueño mitiga.

¡Cuán hermosa está! Ni el viento
Sus trémulas alas mueve,
Porque á turbar no se atreve
Tan celeste arrobamiento.

Mas ¡ay! ansiosa respira...
Su mejilla palidece...
Hablar su labio parece...
¿Habla tal vez? — No, suspira.

Sueña que amante la nombra
Un sér de ternura lleno;
Quiere estrecharle á su seno,
Mas solo estrecha una sombra.

Despierta, y triste gemido
Exhala desconsolada.
Mira en redor... no halla nada.
¡Sueño cruel! Le ha mentido.

¿Sabeis qué melancolía
Siente esta niña hechicera,
Esta niña que ayer era
Todo juegos y alegría?

X.

EL UNO PARA EL OTRO.

Alegraos, tiernas niñas;
Rendid á sus plantas flores:
Por fin felices se hallaron
Dos leales corazones.

Gentil es él: solo alienta
Con sueños y puros goces;
Mas ya en su pecho inocente
Late el corazon del hombre.

Hermosa es ella : aun la vida
Con trémulo pié recorre,
Y ya siente su alma pura
El fuego de los amores.

Halláronse en el camino
De sus castas ilusiones...
— ¿Veis las cuerdas que en el arpa
Siempre unísonas responden?

Así sus almas ardientes
Se respondieron acordes...
¡Nunca el amor de estos ángeles
El mundo máncille torpe!

XI.

EL SUELO NATAL.

Por tí, risueño valle,
Suelo de bendición, fértil llanura
Donde en florida calle
Fortunado Segura
Manso derrama su corriente pura;

Por tí, patria amorosa,
Donde gocé, entre sueños de inocencia,
Mis años de oro y rosa,
Antes que la experiencia
Me diese el fruto de su amarga ciencia;

Por tí mi pecho siente
Férvido amor, que en tí mi gozo veo;
Y con suspiro ardiente,
En alas del deseo,
Volar dichoso á tu regazo creo.

¿Quién como tú en el mundo
Puede ostentar la mágica riqueza
Con que, en amor profundo,
Madre naturaleza
Benigna ornó tu celestial belleza?

Así yo, desterrado
De tus preciadas márgenes, te lloro;
Y con dolor sagrado,
Perdido tu tesoro,
En el tropel del mundo más te adoro.

Te adoro; y cual risueña
Hada gentil que en venturoso día
Me acarició halagüeña,
Te ve mi fantasía
Y los suspiros de su amor te envía.

Los que en ansias mortales
Este mundano vértigo devora
No saben cuánto vales
¡Oh tierra encantadora!
Bella con la belleza de la aurora.

¿Sabeis lo que es un cielo
En que desparce el sol fúlgida llama,
Como abrasado velo
Con que en júbilo inflama
Á la modesta virgen á quien ama?

¿Sabeis qué es una bella
Ciudad gloriosa que, entre ricas flores,
Está como doncella
De encantos seductores
Arrullada por céfiros y amores?

Allí, vergel pomposo,
Do apenas toca la aterida mano
Del invierno rugoso,
Ni el cierzo en soplo insano
Apaga el blando fuego del verano;

Allí frondosos crecen
Al grato riego del sereno río
Árboles que parecen
Destilar en estío
Refrigerante lluvia de rocío.

Allí, en rico tesoro
De blanco azár, naranjo y limonero
Muestran fruto de oro,
Cuyo aroma hechicero
Difunde el aura en soplo lisonjero.

Y sin que sér alguno
Su g ntileza mágica avasalle,
Ni su vigor moruno,
Reina del ancho valle,
La palmera oriental irgue su talle.

 C mo olvidar mi mente
Tus tibias noches, tus alegres días,
Tu vaporoso ambiente,
Las vagas armonías
Que en alas de los c firoso envias?

No los tiempos atajen
Tu sagrada memoria en que me inflamo;
Ni en mi borren la imágen
De cuantos séres amo,
Y en el tropel del mundo en balde llamo.

 Nunca ser ! Mi pecho
Que en estas tierras áridas espira
Como en ámbito estrecho,
Por t , por t  delira
Y en sueño eterno de placer te mira.

 As  en mi amante lucha,
Al exhalar mi acento dolorido,
El viento que me escucha,
De amor enternecido,
Lleve   t  mi cancion y mi gemido!

XII.

A UNA CAMPESINA.

Campesina, t  que vives
En tan gratas soledades,
Con el corazón más puro
Que el lucero de la tarde,

No dejes la pobre choza
Donde murieron tus padres,
Ni estos campos solitarios
Que la paz dichosos hace.

No dejes tu dulce vida,
Más dulce que tus cantares,
Aunque te llame el estruendo
De las soberbias ciudades.

Yo que triste en ellas vivo
Vengo á respirar el aire
De estas alegres colinas,
De este floreciente valle.

Las penas que en ellos paso,
Las penas y los afanes
Díganlas mis tristes ojos
Y mi marchito semblante;

Dígatelas la sonrisa
Que amarga á mis labios sale
Para anunciar la tristeza
En que el alma se deshace.

No trueques tu humilde choza,
Ni tus humildes sayales,
Ni tus blancas ovejuelas,
Ni tus palomas torcaces,

Por los soberbios festines,
Por las danzas y los bailes,
Por el oro y el brocado,
Por los palacios reales.

Más vale ese corderillo
Que tu mano amiga lame,
Y ese perro que á tus plantas
Fiel espera que le halagues,

Que las casas de los reyes,
Tan ricas y deslumbrantes,
Donde en cadenas de oro
Vive el alma miserable.

Mira que yo te lo digo,
Mira que tú no lo sabes;
Díganlo sinó mis ojos,
Dígatelo mi semblante.

Luzada apañada de los dios
Vé en paz, nudo puro, vé en paz a morir
Cual lo sé en las niñas huérfanas
Y en las niñas, que ellos se loaron
Y nunca vean...

También en ventura - dijeron mis ojos -
Morir sepultada del mundo en el mar
Bachata es el alma de angustias y enojos
Los campos de flores en campos de abrojos
En vano...

XIII.

Enlaces con nudo eterno de anhelo
Amoroso siempre - clamaron los dos
Las tristes cadenas del alma rompía
Se unían en la tierra y amarse en el cielo
Delante de Dios...

Ayer cuando en nubes de fuego y de oro
El sol sepultaba su regio esplendor,
Sentado á tus plantas, oh hermosa que adoro,
Bañaba mi mano tu angélico lloro
De paz y de amor.

Las tristes cadenas del alma rompía
Que esclava la tienen en cárcel mortal,
Y en plácido vuelo triunfante subía
Allá donde nunca se extingue del día
La luz celestial.

Llorando apacibles tus ojos dijeron :
« Vé en paz , astro puro , vé en paz á morir :
« ¡ Cual tú , de mi alma las dichas huyeron !...
« ¡ Vendrás tú mañana , mas ellas se fueron
« Á nunca venir... ! »

« Tambien mi ventura — dijeron mis ojos —
« Murió sepultada del mundo en el mar...
« ¡ Esclava es el alma de angustias y enojos...!
« ¡ Sus campos de flores en campos de abrojos
« Ha visto trocar ! »

Entonces con hondo suspiro de anhelo
« ¡ Amémonos siempre ! » clamamos los dos :
« Los tristes ¡ ay ! tienen el dulce consuelo
« De amarse en la tierra y amarse en el cielo
« Delante de Dios. »

XIV.

LA MUERTE DEL ANCIANO.

LOS NIÑOS.

Abuelo ¿ porqué sonríes
Y suspiras á la par ?
¿ Porqué suenan tus palabras
Con más amor y piedad
Cuando dos lágrimas tristes
Tu rostro surcando van ?

EL ABUELO.

Esta sonrisa que veis
Llena de amor y de paz

Es porque siento en el alma
Esperanza celestial;
Mas mis lágrimas os dicen
Que os quedais en soledad.

LOS NIÑOS.

No nos digas , pobre abuelo ,
Que pronto á dejarnos vas ,
Porque nunca de tu lado
Nos querremos apartar.

Así en derredor del lecho
Los niños diciendo están,
Mientras humilde á sus plantas
Duerme su perro leal.

EL ABUELO.

Yo quisiera , prendas mias,
Que quedais en orfandad ,
Al emprender el viaje
Para nunca más tornar,
Abrir, abrir vuestros ojos
Á la luz de la verdad,
Y enseñaros lo que el tiempo
Muy tarde os enseñará.

Vendrá un día en que vereis
Como soles despuntar
Mil quimeras, que á seguirlas
Tal vez os arrastrarán

Más dulces que las sirenas
Cuando cantan en la mar
Dirán: « Venid », mas vosotros
No las escuchéis jamás.

Así dice el triste anciano ,
Lleno de amoroso afan ,
Cuando la luz de sus ojos
Comienza á faltarle ya.

LOS NIÑOS.

¿ Por qué no sigues , abuelo ?
¡ No vuelvas á suspirar !
Suspendido de tus labios
Hasta el pequeñuelo está.

EL ABUELO.

Pronto , niños de mi alma,
De arriba me llamarán ;
Mas antes que á vuestras voces
Ya no pueda contestar,
Os diré que cuando entreis
En vuestra florida edad
Encontrareis dos caminos
Por que podreis caminar.
Uno de lozanas flores,
Otro de abrojos será ...
Aquel lleva al infortunio,
Este á la dicha y la paz.

En esto de su alma herida
Sale un suspiro mortal,
Y al escucharlo los niños
Sienten su llanto brotar.

LOS NIÑOS.

¿Porqué te callas , abuelo?
¿Porqué no nos miras ya?
¿Quién te llama desde arriba
Que arriba mirando estás?
¿Porqué se cubre tu rostro
De una palidez mortal?
¿Porqué tus ojos se cierran
Con un sueño tan tenaz?
¿Porqué tus manos heladas
No estrechan las nuestras ya?
¿Nuestras lágrimas , abuelo ,
No te pueden despertar?

En esto el perro , doliente
Lanza un ahullido mortal...
No le llameis , tiernos niños...
¡Ya no os escucha ! ¡Llorad!

XV.

AMA A TU MADRE.

Niño que viniste al mundo
Con la sonrisa del ángel ,
Derramando en tus vagidos
Dos lágrimas celestiales ;
Tú que en el regazo duermes
De quien su seno te abre ,
Como gota de rocío
De la azucena en el cáliz ;
Si has de pagar con usura
Su puro amor inefable ,

Suspira cuando suspire,
Sonrie cuando te llame...
¡Oh niño, niño inocente,
Ama á tu madre!

Hermosa jóven que alegre
La felicidad soñaste,
Y la ves, al ir tras ella,
Como sombra disiparse;
Que abriste al amor un tiempo
Tu corazon palpitante,
Y no encuentras la ternura
Que en tus sueños esperaste;
Da rienda libre á tu llanto,
Da consuelo á tus pesares,
En los brazos cariñosos
Que su abrigo anhelan darte...
¡Oh jóven, cándida jóven,
Ama á tu madre!

Mancebo, á tí te engañaron
Lisonjeras vanidades,
Y en el fuego de la gloria
Tu corazon abrasaste.
Esa dicha que te halaga
Es aroma de un instante...
Esas hermosas quimeras
Como el humo se deshacen...
Cuando busques puerto amigo
Que en la borrasca te ampare,

Busca un corazon que tierno
Como los ángeles ame...
¡Si quieres hallarlo entonces,
Ama á tu madre!

¡Madre! ¡Nombre de los cielos,
Alivio de nuestros males,
Íris de nuestras tormentas,
Freno de nuestros afanes!
¿Quién no siente al pronunciarlo
Su corazon embriagarse
En una santa ternura
Que en el corazon no cabe?
Él nos despierta á la vida
Lleno de amor inefable.
Él morirá en nuestros labios
Cuando la muerte nos llame.
¡Dios te bendijo en la tierra,
Nombre de madre!

Si quieres que corran en lluvia y en calma
Tu mundo, dulce, por tu mar,
Y un rayo de luz por tu voz y tu alma
Altozano hablar más si

Me dirás ahora, ¿no te basta y no
En sus cordales tu mano a posar,
Y en pliegos acordes de paz y alegría
Siente en tu pecho calmar

XVI. Aurora del mundo, siempre derrama
En las tristes cordeles y amar
Por ser subterráneo un pecho de llanto
De ternura, esperanza y dolor

INVOCACION.

¡Oh! ¡bien venga, angélica voz!
En mi pecho, dulce y solaz!
En el vértice de mis dolencias del cielo
¡Oh! ¡bien venga, angélica voz!

Si dulce y clemente, cual eres hermosa,
Compadeces del triste el dolor,
Derrama en mi pecho, que en llanto rebose,
Tu apacible sonrisa de amor.

¡Oh vírgen! resuene tu plácido acento
Que en mis penas anhelo escuchar;
Celeste suspiro que pueda un momento
De ternura inundarme en un mar.

Si quieres que tornen mi dicha y mi calma,
Tu mirada dirige hácia mí;
Y un iris de rosa por fin verá el alma
Misterioso brillar ante sí.

¡Mi lira no suena! Ven tú, casta y pia,
En sus cuerdas tu mano á posar,
Y en blandos acordes de paz y alegría
Sentiré mi tristeza calmar.

Aurora del mundo, tu lumbre derrama
En los tristes consuelo y amor:
Por eso anhelante mi pecho te llama
De ternura espirando y dolor.

¡Ven, santa paloma! ¡Tu voz de consuelo
En mí vierta dulzura y solaz!
¡Tú al ver nuestro llanto descendes del cielo!
¡Oh! ¡Bien vengas, angélica Paz!

XVII.

LOS ESCLAVOS.

(A PABLO ORTIGA REY.)

¡Miradlos allí! Miradlos
Á la sombra que les presta
Aquel plátano soberbio
Que los aires señorea.

Por fin respiran felices
En las regiones amenas
Que desde el cielo sin nubes
El sol con sus rayos quema.

El duerme, pero á su lado
Está la fiel compañera,
Que de ternura embriagada
Su cansado sueño vela.

Cielo de noche sin luna
Son sus facciones, y en ellas
Brillan cual fuego sus ojos,
Y sus dientes como perlas.

¡Felices ellos! No ha mucho
Doblegaban su cabeza
Bajo el peso ignominioso
De la bárbara cadena,

Mas hora libres respiran,
Y en la soledad se encuentran:
Por dosel tienen el cielo;
Tienen por lecho la tierra.

El desierto es su morada;
La libertad su existencia.

Ella con ardiente beso
Cariñosa le despierta,
Y al abrir al sol sus ojos
El con delirio la estrecha.

ELLA.

¿Por qué, vida de mi vida,
Suspirabas con tal pena?

¿No eres libre? ¿No descansas
En mi seno tu cabeza?

ÉL.

¡Ah! Lloraba, hermana mia,
Porque he soñado que llegan
Esos tigres á cargarnos
Otra vez con su cadena.

— No te atormentes creyendo
Que traidores nos acechan:
Libres somos; pura dicha
Lejos de ellos nos espera.

— ¿Somos libres? Pues crucemos
Las soledades inmensas
Hasta que hallemos morada
Donde nuestro amor no tema.

Allí no podrán seguirnos
Esas despiadadas fieras,
Que con látigo de hierro
Á esclavitud nos condenan.

¿Por qué han de tener derecho
De verter la sangre nuestra?

Al confín del horizonte
Nube de polvo se eleva:
Sordo rumor de caballos
En el desierto resuena.

«¡Allí vienen!» ambos claman,
Y el terror su sangre hiela.
Quieren huir, mas no pueden,
Y se desploman á tierra.

Al fin se levantan. Ciegos,
Por abrasadas arenas
Huyen.... ¡Es en vano! ¡Pronto
Llegarán! Ya están más cerca...

Suenan confusas las voces...
Ráudos los corceles vuelan...
Ya entre el polvo se distinguen...
Ya se adelantan... Ya llegan...

¡Pobres esclavos! ¡Ay! Vedlos
Postrados contra la tierra
Con sus lágrimas regando
Del amo feroz la huella.

«¡Señor, piedad!» Á su grito
Crudo el látigo contesta
Dejando en su humilde rostro
Honda ráfaga sangrienta...

Bárbaros hombres, ¿quién nunca
Os dió su vida en herencia?

XVIII.

¡TE VI LLORAR!

(DE LORD BYRON.)

¡Te vi llorar! En tus azules ojos
Se detuvo una lágrima brillante,
Cual cristalina perla de rocío
De la violeta en el humilde cáliz.

Y te vi sonreír, y del zafiro
El resplandor purísimo eclipsaste;
Que no pudo vencer de tu mirada
Los amorosos rayos celestiales.

Así cual baña en los tendidos cielos
Á las nubes el sol con luz süave
Que las cercanas sombras de la noche
Velan con pena por los vagos aires ,

Así en el alma triste tu sonrisa
Infunde con amor dicha inefable ;
Y deja tu mirada una luz pura
Que en el doliente corazon se esparce

XIX.

¡TRISTE ESTA MI ALMA!

(DEL MISMO.)

¡Triste está el alma mia!
Pulsa el arpa de amor, y sus sonidos
Harán brotar torrentes de armonía
Que encanten mis oidos.
Si en mi doliente corazon existe
Una vaga esperanza de ternura,
Despertará á sus tonos; y si triste
Una lágrima brilla
Detenida en mis ojos, brote luego,
Y surcando la pálida mejilla
No abrasará mis párpados su fuego.

Mas no quiero escuchar alegre canto.
No, no; quiero que brote
Una música tierna y dolorosa.
Pues va á estallar, si no prorumpe en llanto,
Mi corazon que en lágrimas rebosa.
Largo tiempo sus males ha nutrido,
Y en perpétua vigilia y en silencio
Sus males ha sufrido.
Llegó, llegó la hora
De morir á tan bárbara agonía,
Ó de volver al júbilo que llora
Al eco celestial de la armonía.

TRISTE ESTA MI ALMA

Triste esta es el alma mía
Pues el alma desamora y sus sonidos
Hacia fuera torcidos de armonía
Que crezcan mis penas
Si en mi doliente corazón están
Una vaga esperanza de ternura
Despertar á sus tonos y si traza
Una lágrima bella
Deseada en mis ojos, pero luego
Fuecundo la pálida mejilla
No aliviará mis padidos su fuego

XX.

EL PAJE.

I.

Ya salen los caballeros
Y pecheros;
Ya se parten, ya se van,
Tras los moros que á la guerra,
Y en su tierra,
Provocándoles están.

Allí marchan cien galanes
Capitanes,
Vencedores del infiel;

Esforzados adalides
Que en las lides
Ciñeron verde laurel.

Coronan los miradores
Sus amores
Por ver á todos partir ;
Pensando desconsoladas
Las cuitadas
Cuántos ¡ ay ! verán venir.

Entre bélicos sonidos
Y gemidos
De la hirviente confusion ,
Al compás del ronco estruendo ,
Van saliendo
De los muros de León.

Y despues de unos instantes ,
Donde antes
Bullia la multitud ,
Vuelve á reinar un reposo
Doloroso ,
Melancólica quietud.

II.

En ademan dolorido ,
Pero erguido ,
Cruzando las calles va

Un mancebo en cuya frente
Brilla ardiente
El genio del héroe ya.

Trémulos sus labios rojos ,
Y sus ojos ,
Que como la noche son ,
Dicen en tales momentos
Los tormentos
Que rasgan su corazon.

En su pálida mejilla
Ya no brilla
La ventura y el placer ;
Pues otro más vivo fuego
Se ve luego
Bajo su párpado arder.

Como la palma del valle
Es su talle
Por lo suelto y lo gentil ;
Y en su boca aun se divisa
La sonrisa
De la ternura infantil ;

Mas ya va diciendo osada
La mirada
Su denuedo sin igual ;

Y revela su alma ardiente
En su frente,
En su apostura marcial.

Mientras la ciudad gloriosa
Que reposa
Cruza con seguro pié,
Su siniestra el pomo halaga
De la daga
Que en su cinturón se ve.

Trascurrido breve espacio,
Á un palacio
Ansioso llega por fin;
Cuyas dos ferradas puertas
Pronto abiertas
Ve el futuro paladin.

¿Quién es el doncel apuesto
Que tan presto
Siente arder su corazón?
—Es el paje preferido
De un temido
Hijo-dalgo de León.

Don Mendo partió á la guerra
De su tierra,
Y él partir quiso también:

Pero no logró su empeño,
Pues su dueño
Rechazóle con desden.

Y hora ciego de coraje
Torna el paje
Al alcázar del señor,
Abrigando una esperanza
De venganza,
Para saciar su furor.

III.

Pasa un año. De las lides
Como Cides
Van los bravos á volver;
Y toda León ansía
Ver el día
En que su entrada han de hacer.

Las damas, que de amor mueren,
Verse quieren
En brazos de su galán:
Solo Elvira á toda hora
Triste llora,
Presas de creciente afán.

¿Qué tiene la hermosa Elvira
Que suspira,
Que suspira con dolor?
¿Es su llanto de ventura,
Ó amargura?
— ¡Sus lágrimas son de amor!

Vedla allí bajo el ramaje,
Junto al paje,
Sollozando en el jardín;
Como pálida azucena
De amor llena,
Cual soñado serafín.

En su lánguida mirada
Retratada
Vese férvida pasión:
Á los ojos del mancebo
Hoy de nuevo
Asoma su corazón:

El aroma de las flores
Sus amores
Embrüaga de placer:
El aura tibia que vaga
Les halaga
Haciendo su frente arder.

Y con soplo dulce y blando,
Columpiando
Los árboles al pasar,
Deja á un rayo de la luna
Importuna
Sus delirios alumbrar.

ELVIRA.

Jamás con cruel desvío,
Fortun mio,
Pagues mi cariño fiel...
Si me olvidas morir quiero.
Ten tu acero;
Mátame, Fortun, con él.

FORTUN.

¡Oh Elvira del alma mía!
Nunca el día
De mi olvido llegará;
Que el amor en que me abraso,
Paso á paso
Á morir me acerca ya.

Yo que he visto tu hermosura
Brillar pura
Con tierno llanto de amor;

Yo que acaricié tu frente
Dulcemente
Con mi labio abrasador ;

¿Cómo apagar loco y ciego
Este fuego
De mi cariño podré ?
Pues que te dí mi albedrío ,
Dueño mio ,
Amándote moriré.

Y en esto en plácido giro
Un suspiro
Por las auras murmuró ;
Y su blanquecino rayo ,
Con desmayo ,
Triste la luna veló.

IV.

Por fin tras lengua agonía
Rayó un día
De gozo para León ;
Y á los bravos que vencieron
Recibieron
En alegre confusion.

Y las leonesas galanas
Sus ventanas
Ornan llenas de placer ;

Porque tras tantos afanes
Sus galanes
Ven triunfadores volver.

¿ Mas quién es aquel guerrero
Que altanero
Cabalga en bravo alazan ,
Atrayendo las miradas .
Asombradas
Con su bizarro ademan ?

Es Don Mendo el esforzado
Que ha ganado
Cien trofeos al infiel ,
Y á su alcázar ostentoso
Vuelve ansioso
De rendir tanto laurel.

Imagina que le espera
Placentera
Su castellana leal...
Mas , ¡ ay ! pronto el desengaño ,
Por su daño ,
Le herirá en golpe mortal.

Ya del alcázar las puertas
Halla abiertas
Á recibirle tal vez...

Mas ¿qué tiene doña Elvira
Que lo mira
Cubierta de palidez...?

V.

Al rayo de su mirada
Prosternada
La infeliz esposa está...
Mientras él con amargura
Le murmura:
« Pronto el infiel morirá.

« ¿Así la fe que juraste
« Me pagaste
« En premio de tanto amor?
« Lave tu sangre mi afrenta
« Pues la cuenta
« Ese vasallo traidor.»

Y cuando la aguda daga
Fiero halaga
Para herir su corazón,
« ¡Tened! » le grita violento
Rudo acento
Cual rugido de león.

« Si á doña Elvira infelice, »
Ronco dice,
« Osais airado tocar...! »
Y al mismo tiempo desnudo
Hierro agudo
Ve ante sus ojos brillar.
« Contra el bárbaro agareno,
« Como bueno,
« Quise partir yo también;
« Mas vos, de orgullo cegado,
« Vuestro lado
« Me negásteis con desden...»

En esto un sordo rugido
Comprimido
Por la estancia resonó,
Y despues de choque horrendo
Con estruendo
Un cuerpo en tierra cayó.

Sonó un suspiro cortado,
Y apagado
Otro se oyó contestar:
Y con funeral reposo
Misterioso
Volvió el silencio á reinar.

VI.

Quando en el siguiente día
Parecía
La aurora del nuevo sol,
Tiñendo la excelsa cumbre
Con la lumbre
De su fúlgido arrebol,
Un mancebo en cuya frente
Penitente
Surcos de dolor se ven,
En traje de peregrino
Su camino
Emprendió á Jerusalem.

La noche volvió sus pasos
Sobre su cáliz de esmer
Tan pura como ese llanto
Que en sus mejillas resaca

La locura de la campaña
Lesó tímida su planta
Mas el viento inconstante
No es nunca acariand

Toma, niña, la azucena
Que es la pureza del alma
Y date en tu rostro noble
Mas cariños morada

LA PUREZA.

Póndra
Del corazón, y se anima
Que si son cual ella pura
No la fallará sus calas

Toma, niña, la azucena
Que he cogido cuando el alba
Sus rayos de azul y oro
Por el valle derramaba.

Pálida y bella crecía
Al amor de tu mirada,
Ostentando su hermosura
Debajo de tu ventana.

La noche vertió sus perlas
Sobre su cáliz de nácar,
Tan puras como ese llanto
Que en tus mejillas resbala.

La fuente de la campiña
Besó tímida su planta;
Mas el céfiro inconstante
No osó nunca acariciarla.

Toma, niña, esta azucena,
Que es la pureza del alma,
Y dale en tu casto pecho
Más cariñosa morada.

Pónla que sienta el latido
Del corazón, y su llama,
Que si son cual ella puros
No le faltarán sus galas.

Mas ¡ay de tí, si algun día
Marchitas sus hojas hallas!
La pureza que se pierde
Tarde ó nunca vuelve al alma.

Y que el viento tan fragante
Oscurece su gentil ceja,
Mezclas lágrimas amargas con las
Con las perlas rutilantes de la vida,
Que corren en belleza.

Es justo, niña, que flores
Al ver se gacen y canten
XXII
Es el amor de las flores
O serán otros amores
El origen de la llanto.

EL AMOR DE LAS FLORES.

Que las lusiones cian
A ver las flores de un huerto
Cuando hay (Á ISABEL)
Para el alma de las niñas.

Dicenme que tus amores
Solo cifrados parecen
En cultivar unas flores
Que con sus ricos primores
Tus jardines embellecen.

Y que así que la mañana
Serena en Oriente asomá,
Tú, cual tus flores galana,
Te asomas á la ventana
Para respirar su aroma.

Y que al verlas tan fragantes
Ostentar su gentileza,
Mezclas lágrimas amantes
Con las perlas rutilantes
Que coronan su belleza.

¿Es justo, niña, que llores
Al ver su gracioso encanto?
¿Es el amor de las flores,
Ó serán otros amores
El origen de tu llanto?

¡Ah! No es muy fácil, por cierto,
Que tus ilusiones ciñas
Á ver las flores de un huerto,
Cuando hay otro amor abierto
Para el alma de las niñas.

No sé si llamarlo amor,
Pero mucho me asegurará
De tu mejilla el color;
Pues dice mucho el rubor
En una mejilla pura.

Y añaden, niña donosa,
Que suspirando doliente
Sueles cortar afanosa
La más encendida rosa
Para engalanar tu frente.

¿Suspirar una doncella,
Y no querer? Duda implican:
Así por tu mala estrella
Tales ayes, niña bella,
Hondos misterios publican.

Si hay otro amor que es tu encanto
Y no es amor de las flores,
¿Por qué ya ocultarlo tanto,
Si como tu puro llanto
Son tan puros tus amores?

Di, ¿no tienes la azucena
Que ante tus ojos se mece
De pureza y amor llena,
Y para calmar tu pena
Su aroma puro te ofrece?

¿No tienes la sensitiva
Que florece solitaria,
Y, para que firme viva,
La constante siempre viva,
La amorosa pasionaria?

Copie tu amor, niña hermosa,
Copie de tales modelos,
Y para el alma gozosa
Será el amor de una rosa
Sin la espina de los celos.

— 37 —
Y no quier? Duda implacable
Asi por tu mala estrella
Tales aves, nina del
Hondas misterios publica

Si hay otro amor que es tu encanto
Y no es amor de las horas
Por que ya es el tanto
Si como tu puro llanto
Son tan puros tus amores?

Si no tienes la conciencia
Que ante tus ojos se mueve
De pureza y amor llena
Y para calmar tu pena
Su aroma puro te ofrece?

¿No tienes la sensitiva
Que florece solitaria
Y para que tarde viva
La constante siempre viva
La amorosa pasionaria?

Copia tu amor, nina hermosa,
Copia de tales modelos
Y para el alma gozosa
Será el amor de una rosa
Sin la espinas de los celos?

— 38 —
Ella aparece me nombrase?
Y á su seno me cobijase?
Como un alma que pareciera
Ser hermana de la mar?

Si miro el sol en censo
En sus nubes se divide
Si miro rayar la aurora
Entre su purpura y el azul

XXIII

Si en la soledad reposo
Me acompaña compasiva
Si deliro en las visiones
Ella conmigo debruja sus ojos

LA IMAGEN.

(A LA MEMORIA DEL JOVEN PORTA D. JOSÉ GÓMEZ NORIEGA.)

—
¿Es ilusion de la mente
Esa sombra que me mira,
Y como vision de un sueño
Ante mis pasos camina?

¿Es suyo ese acento vago
Esa voz tan dolorida,
Que en mis oidos no suena
Y dentro del alma vibra?

Ella apacible me nombra
Y á su seno me convida,
Como un alma que parece
Ser hermana de la mia.

Si miro el sol en ocaso,
En sus nubes se divisa;
Si miro rayar la aurora,
Entre su púrpura brilla;

Si en la soledad reposo,
Me acompaña compasiva;
Si deliro en mis ensueños,
Ella conmigo delira.

¡Bella ilusion de mi alma!...
No viene ante mí benigna...
— Es que vive en mi memoria,
Y en mi corazon se abriga.

Arde en sus ojos el fuego
De la dulce poesía...
El trémulo amante labio
Soplo misterioso anima...

Como simbolo de gloria
Lleva la frente ceñida
Por una corona bella
De laurel y siemprevivas...

Lleva la lira en sus manos,
Y entre sus cuerdas la brisa,
Como en las arpas eólias,
Henchida de amor suspira.

— ¡Ay! Es la sombra de un vate
Que pasó por esta vida
Como la nube de oro
Que el cierzo helado disipa.

Esa música que el viento
Lleva en tierna melodía,
Es el recuerdo apacible
De sus cántigas divinas.

Su voz que amante me nombra,
De inmensa ternura henchida,
Es el acento de un alma
Que es hermana de la mia.

En buen hora, blanca sombra,
Como mi sombra me sigas,
Y en la muerte me acompañes
Cual yo te seguí en la vida.

Nuestros tiernos corazones,
En que un mismo fuego ardía,
Aun más allá del sepulcro
Se han de amar con fe infinita.

Como cruzan la pradera
Dos alegres avecillas,
Como suelen en el valle
Crecer dos palmas unidas,

Así seguirán amándose
Mientras duraren mis días,
Y despues mi triste sombra
Será por siempre tu amiga.

Á tu memoria consagron
Los acordes de mi lira,
Mi tierno amor y mis horas
De dulce melancolía.

Ven á reinar en mi pecho,
Que léal amor te brinda,
Y á revelarme los tonos
De tus canciones sencillas;
Ven á unirte con mi alma,
Triste hermana de la mía!

Así, virgen inocente,
Luce el sol de los amores
Que el claro azul de tus ojos
Su opagada luz recibe.
¡Cuántas lágrimas vertieron
En las negras alucinaciones
Esas nubes que han pasado
Y tal vez mañana tornen!

XXIV.

EN LA AURORA.

¿Ves cuál sube el sol hermoso
De las cimas de los montes?
¿Ves cuál brilla el ancho cielo
Con sus vivos resplandores?
¿Ves las nubes denegridas
Que al confin de ocaso corren,
Y cual perlas derramaron
El rocío de la noche?

Así, virgen inocente,
Hace el sol de los amores
Que el claro azul de tus ojos
Su apagada luz recobre.
¡ Cuántas lágrimas vertieron
En tus negras aflicciones
Esas nubes que han pasado
Y tal vez mañana tornen !

XVII

EN LA AEBORA

¿ Ves cuál sube el sol hermoso
De las cimas de los montes ?
¿ Ves cuál brilla el ancho cielo
Con sus rivas resplandores ?
¿ Ves las nubes hurgadas
Que al conde de oro corren ?
¿ Ves cuál borlas de mararon
El rocío de la noche ?

Alas de un padre que allí reposa
Véris su imagen y ego medrosa
Mientras un estulto
Le hora fel
Si el dabo sabes que un hijo siente
Cuando respira su amor ausente
Mira mis lágrimas
Inega por el

XXV.

BAJO LOS SAUCES.

Deten tus pasos, buen peregrino,
En este valle de tu camino
Que el astro angélico
Baña en su luz;
Y si percibes algún lamento
Bajo los sauces que halaga el viento,
Cual triste símbolo
Mira una cruz.

Alma de un padre que allí reposa ,
Verás su imágen vagar medrosa ,
Mientras un cántico
Le llora fiel :
Si el duelo sabes que un hijo siente
Cuando respira su amor ausente ,
Mira mis lágrimas ,
Ruega por él.

XXV

Bajo los sauces

Deten tus pasos , buen peregrino
En este valle de tu camino
Que el astro angélico
Baña en su luz ;
Y si percibes algún lamento
Bajo los sauces que balaga el viento
Cual triste símbolo
Mira una cruz .

XXVI

SU SOMBRA.

¿Quién eres tú que á mí vienes
Cuando triste muere el sol ?
¿Conoces tú , blanca sombra ,
Mi negro dolor ?
Si lo comprendes , pues miro ,
Como signo de afliccion ,
Brillar en tus dulces ojos
Dos lágrimas , dos...
¿Eres infelice
Tambien como yo ?

Recuerdo del bien perdido,
Del bien de mi corazón,
Sé mi dulce compañero,
No me dejes, no...
Ya que no pudo la muerte
Sofocar tanta pasión,
Vélame bajo tus alas
Cual ángel de Dios...
¡Oye cuál te llamo
Muriendo de amor!

XXVII.

LA TARDE EN EL MAR.

(BANCAROLA.)

Ya el sol descende
Tras de los montes,
Y en fuego enciende
Los horizontes.
Boga, barquero,
Corta ligero
Las claras ondas del ancho mar.

La fresca brisa
Que en torno vuela,
Con blanda risa
Llene tu vela :

Voga, que el alma
Que está sin calma
Quiere en los mares libre gozar.

Al son del agua
Que agita el viento
Quimeras fragua
Mi pensamiento ;
Y en la alegría
Mi fantasía
Se eleva en alas de la ilusion.

En esas nubes
De azul y rosa
Con los querubes
Sueña gozosa ;
Y el mar que gime
Con voz sublime
Calma las penas del corazon.

Tienda su velo
La noche triste
Que el ancho cielo
De luto viste ;
En sus estrellas
Que lucen bellas
Soñemos ambos lo porvenir.

Nuestros dolores
Adormiremos,

Y en sus fulgores
Gozar creeremos
La dicha inmensa
Que el alma piensa
Y el labio apenas puede decir.

XXVIII.

BELLEZA Y VIRTUD.

(EN EL ÁLBUM DE LA EXCMA. SRA. DUQUESA DE FERDIA.)

Si al abrir los tristes ojos
Á este valle de dolor
Al pié de mi humilde cuna
Hubiérais estado vos ,

Crejera al veros mi alma ,
Llena de dulce ilusion ,
Que érais el hada celeste
De la dicha y del amor.

Hoy, al hallaros más bella
Que cuanto el alma soñó,
Comprendo que sois un ángel
Que espera volar á Dios.

Dichosa vos que llevais,
En consorcio encantador,
Casta belleza en el rostro,
Virtud en el corazon;

Que virtud sin hermosura
Es astro sin resplandor,
Y hermosura sin virtudes,
Señora, cielo sin sol.

XXIX.

UNA HADA.

(EN EL ÁLBUM DE LA EXCA. SRA. DUQUESA DE MEDINACELI.)

Así que anuncia la aurora
Su luz alegre y serena,
Comienzo á Horar la pena
Que mi corazon devora.

Mas presto un hada invisible
Que el alma vé, no los ojos,
Viene á calmar mis enojos
Con su sonrisa apacible.

Tiene en sus manos la lira
Con que aduerme mis pesares
Al compás de los cantares
Que santa piedad le inspira.

La ciñe blanca aureola,
Flota sobre el aura leve,
Y su túnica de nieve
Fúlgida luz tornasola.

Al venir á consolarme
Hoy ha dicho al alma mia
Porqué llega con el dia
Dulce bálsamo á brindarme.

Mas yo le dije: — «¿Quién eres?
¿Quién eres, casta doncella,
Tú que escuchas mi querella,
Tú que mi consuelo quieres?»

Viéndome de afan deshecho
Me contestó suspirando:
«Siempre estoy por tí velando...
«Soy el ángel de tu pecho.»

— ¡Ay! Si á mi penar asistes
Temo que tu amor me roben...
— ¡Jamás! Yo soy, ciego jóven,
La esperanza de los tristes.

XXX.

LA VUELTA DEL PROSCRITO.

«Por fin á tu seno vuelvo,
«Oh patria del corazon;
«Vuelvo á respirar tu ambiente,
«Á ver tu cielo y tu sol.
«Allí en la playa me esperan
«Los objetos de mi amor.
«Vuela, pobre nave mia,
«Hiende las aguas veloz...
«¡Aun más veloz!»

Así llorando el proscrito
Cantaba del remo al son,
Cuando del turbio occidente
Negra tormenta avanzó.
Los aires el rayo hendía...
Bramaba rudo aquilon...
Alzóse el mar, y en sus ondas
Nave y marino tragó...
¡Todo se hundió!

Triste en la playa entretanto
Sonaba mortal clamor...
«¡Piedad! ¡Salvadle,» decia,
«Aunque despues muera yo...!»
Pero irritadas las olas,
Bramando con más furor,
Presto en su seno apagaron
Aquella doliente voz...
¡Ay de los dos!

XXXI.

EL INFORTUNIO.

(A TRUEDA Y LA QUINTANA.)

Contigo á llorar vengo... El alma mía
De ternura y dolor se oprime al verte,
Porque sabe, infeliz, la negra historia
De tu negro infortunio. Alza los ojos;
Ve mis abiertos brazos, que te esperan,
Y arrójate en mi seno. Si al latido
De mi angustiado corazon, si al eco
De mi turbada voz dulce respiras,

Si esta furtiva lágrima, que baja
Quemando mi mejilla, puede un tanto
Aplacar el rigor de tus dolores,
En medio de mi afán seré dichoso.
Yo no sé tributarte en tus desdichas
Sino una triste y dolorosa ofrenda
De suspiros y lágrimas... Olvido
Mis propios infortunios, y consagro
El llanto que mitiga mis pesares
Para llorar los tuyos. ¿Qué más puede
Hacer mi corazón sino ofrecerte
Su tesoro de lágrimas, que forman
La mitad del consuelo de mi vida?

Ha mucho que en tus ojos, donde apenas
Brilla la clara luz que en otro tiempo
Inundaba tu rostro de alegría,
Con dulce anhelo descubrió mi alma
El tormento cruel que te consume.
Entonces comprendí porqué en mi pecho
Resonaba tu voz tan amorosa,
Porqué de mi amistad el tierno lazo
Me llevaba hacia tí... ¡Don lamentable
De los que lloran tristes en la tierra!
Nuestras heridas almas, sucumbiendo
Bajo el peso de iguales desventuras,
Eran hermanas en dolor, y acordes
En amargos suspiros prorumpían,
Como del arpa las sentidas cuerdas
Que en eco fiel unisonas responden.

Mas perdona... Del triste privilegio
De padecer y de vivir penando
Con nadie cual contigo la fortuna
Se mostrara tan pródiga. ¡Tú solo
Cifras en tí la perdurable historia
De los males del alma!...

No parece
Sino que al despuntar tu luz primera,
Genio de muerte con sus negras alas
Se cernió sobre tí, sopló en tu vida
Su aliento abrasador, y en tu camino
Tornó en cenizas las risueñas flores
Que embellecen la senda de la infancia.
Cuando en tus tiernos años las delicias
Del hogar de tus padres cariñosos
Á gustar comenzabas; cuando alegre
Las fértiles llanuras recorrias
De tu tierra natal, y en aquel campo
Y en aquellas montañas coronadas
De frondosos castaños y altos robles
Dejabas ya volar el pensamiento
Con los primeros sueños de la vida,
Mano invisible te arrancó violenta
De tan gratos lugares — dulce asilo
De la verdad y de la paz del alma —
Y te entregó cruel al seno impuro
De esta mezquina sociedad que solo
Pagó con el escarnio tu inocencia.
Herido por el mal, buscaste amparo
En la fe del amor... ¡Vano delirio!

Como el amor no mora en la impureza
De este valle de lágrimas, tan solo
Respondió la mujer á tu ternura
Con mentira ó desden; y cuando, al cabo
De prodigar tu incienso y tus ofrendas
Ante mentidos ídolos, hallaste
Un ángel que te amara y á tus ojos
Nuncio fuera de paz y de alegría,
Surgió la muerte, y de tus dulces brazos
Le arrebató... ¡ Con él fue tu esperanza!

Y la amistad, ¿ qué fue para tu pecho?
¿ Hallaste acaso en ella la ternura,
La santa abnegacion que hace una sola
De dos almas unidas? ¡ Cuántas veces
En tu pobre morada sepultado
No lloraste con lágrimas de sangre
Decepciones horrendas! ¡ Cuántas veces
No creíste morir bajo del peso
Que echaron sobre tí los desengaños!

¡ Y la gloria, oh hermano, y esa falsa,
Y esa falsa sirena que engañosa
Te hizo cruzar los mares de la vida,
Y en vez de conducirte á puerto amigo
Te entregó á los escollos y á la muerte!
Tú, que en el noble corazón llevabas
El impulso á lo grande, y en tu frente
La inspiracion del vate arder sentias;
Tú, que en fe generosa arrebatado

Solo á lo noble y bello consagraste
Los himnos de tu lira, en justo premio,
¿ Qué galardón del mundo recibiste?
¿ Dónde estan los laureles que gloriosa
Ciñó á tus sienes la mezquina fama?

Este eres tú... Mas ¡ ay! aunque sin tregua
Te persigue implacable la desdicha,
Aunque tu rostro pálido y marchito
Dice la herida que en el alma llevas,
Es aun más grande que las penas todas
Tu generoso corazón. Bien hayas
Tú que en medio de tantos infortunios
Sabes vencerlos y á tus piés hollarlos,
Como un guerrero á sus vencidos ata
Á su carro de triunfo. Sigue, sigue
Luchando y dominando á tu enemigo.
No pretendas reposo, que en la tierra
No lo hallarás; mas si con fe combates
Y llamas en tu ayuda al que los astros
Rige á su voz, en tu agitada vida
Brotará alguna fuente de consuelo,
Como suele al cansado peregrino
En el desierto aparecer la palma.

Y ya que llevas en tu mente el númen
De Rioja y de Herrera; ya que ensalzas
Cuanto de noble y grande hay en el mundo,
Canta, que los sonidos de tu lira
Disiparán las nubes de tristeza

Que oscurecen tu mente, como el soplo
Del aura matutina aclara el cielo.
Canta ese sol que brilla en las alturas,
Canta ese mar que brama ó que sonríe,
Esas verdes campiñas, esas nubes,
Esas aves que cruzan el espacio.
Y si quieres alzarte á las regiones
En que el santo entusiasmo nunca muere,
Canta ese amor que al hombre purifica
Y á su patria inmortal fiel le dirige,
Canta esa diestra que del turbio cáos
Sacó los orbes que el espacio hienden.
Canta y espera, que la suerte ingrata
Presto tal vez te mirará propicia;
Presto tal vez la fama clamorosa
Ceñirá con sus lauros tu cabeza.
¡Oh hermano! Así mi corazón me dice,
Y nunca en vano resonó en mi pecho.
Si fuera así tu porvenir; si el día
De tu felicidad al fin despunta,
Como lenguaje mudo y elocuente
De mi amistad, más grande que mi alma,
Por tí serán mis lágrimas de gozo,
Cual hora son de pena y de amargura.

XXXII.

ESPERANZA.

Como en serena y dulce
Noche de estío
A refrescar las flores
Baja el rocío,
Tu llanto brilla
Y humedece las rosas
De tu mejilla.
No es tan blando el arrullo,
Ni tan doliente,
Con que al morir el día
Gime la fuente,

Cual la ternura
Que exhalas en los ayes
De tu amargura.

¿Por qué elevas al cielo
Mirada triste?
¿Buscas en él la dicha
Que ya perdiste?
¡Oh niña bella!
¡El enjague ese llanto
De tu querella!

Ya sé porqué suspiras
Con tanto anhelo:
Ya sé porqué llorando
Miras al cielo.
Con su victoria,
Olvidóse un ingrato
De tu memoria.

El sol muere, y el alma
Llora de pena,
Pero pronto la aurora
Torna serena.
Niña, no llores,
Aunque el sol haya muerto
De tus amores.

Ve la pálida sombra
Que ante tí gira,

Cómo viendo tu angustia
Tierna te mira.
¡Oh niña, implora
Que tus penas aduerma
Consoladora!

—Celeste luz que infundes
En la agonía
Misterioso consuelo,
Dulce alegría;
¿Quién ¡ay! te alcanza?
Dime cuál es tu nombre...
— ¡Soy la esperanza!

LA BARCA.

¿Adónde arrebatada
Te lleva el ráudo viento
Sobre las ondas de la mar airada?
Depon el loco intento
De ver la tierra por tu mal soñada.

Tu vela está ya rota,
Débil mano te rige,
El mar sañado tu costado azota...
¡Ay! ¿Cómo no te aflige
La negra muerte que á tus ojos flota?

—Tras la gloria , alma mia ,
Tu frágil nave lanzas
En las tormentas de la mar bravía...
¡ Vuelve! Sus esperanzas
Tan solo te darán muerte sombría.

XXXIV.

DIALOGO.

EL JÓVEN.

¿ Por qué , decid , buen anciano ,
Dos lágrimas fugitivas
Surcando van silenciosas
Vuestra pálida mejilla ?

EL ANCIANO.

Dime tú mas bien , mancebo
Que de mis penas te cuidas ,
¿ Por qué á tus labios asoma
Tan lisonjera sonrisa ?

EL JÓVEN.

Es que siento llena el alma
De misteriosa alegría.

EL ANCIANO.

¿Eso dices? Yo la siento
De mortal tristeza henchida.

EL JÓVEN.

¿Qué perdido bien llorais?

EL ANCIANO.

Cuanto al corazón cautiva.
¿Y es muy grande tu ventura?

EL JÓVEN.

Como vuestra pena impía.

EL ANCIANO.

Humo vano es el contento,
Triste verdad la desdicha.

EL JÓVEN.

¡Vano temor! La esperanza
Siempre en el alma está viva;
Y si muere, como el fénix
Renace de sus cenizas.
Temed vos que sin ninguna
Llegais al fin de la vida.

EL ANCIANO.

Una tengo, ciego jóven,
Piadosa, eterna, divina.
Cuando tus blondos cabellos
De su nieve el tiempo vista;
Cuando el fuego que te abrasa
Su soplo letal extinga,
Su comprenderás, aunque tarde;
Cuál es la esperanza pía
Que, perdido el bien del mundo,
Hoy mi corazón abriga.

En el silencio de la noche
Que en el silencio de la noche
En el silencio de la noche
En el silencio de la noche

En el silencio de la noche
Que en el silencio de la noche
En el silencio de la noche
En el silencio de la noche

XXXV.

En el silencio de la noche
Que en el silencio de la noche
En el silencio de la noche
En el silencio de la noche

VISION DE UN SUEÑO.

En el silencio de la noche
Que en el silencio de la noche
En el silencio de la noche
En el silencio de la noche

¿Quieres saber, dulce amiga,
Cuál es la desdicha oculta
Porque mi pálido rostro
Dos tristes lágrimas surcan?

Ven, y sobre el pecho mio
Posando tu mano pura,
La causa de sus tristezas
Á mi corazon pregunta.

Mas óyela de mi labio,
Que á su recuerdo se turba,
Mientras alligida el alma
En tí su consuelo busca.

Oye. — Ha poco bajo el peso
De las penas que me abruman
Cayó rendida mi mente
En somnolencia insegura.

¡Qué triste sueño he tenido!
Mira: á la luz que la luna
Entre celajes de gasa,
Como entre ligera bruma,

Derramaba sobre un valle
(Valle que no he visto nunca),
Vaporosa como un hada
Que el bosque en silencio cruza,

He visto la blanca sombra,
Leve, triste, taciturna,
De una vírgen que vagaba
Entre la verde espesura.

En torno suyo las brisas,
Formando doliente música,
Suspiraban como un alma
Que fiero el dolor conturba.

Las verdes ramas del sáuce
Que ansiando vida y frescura
Sobre el arroyo caían,
Se estremecieron confusas;

Mientras ella caminando,
Y en su desconsuelo muda,
Fué llorando á prosternarse
Ante la cruz de una tumba.

Entonces, como gemido,
No de humana criatura,
Que el espíritu percibe
Y los oídos no escuchan,

Exhaló amargo suspiro,
Ay de un alma moribunda,
Que traspasó el alma mía
Como una saëta aguda.

¡Oh! ¡Cuál la vírgen lloraba
Al pié de la sepultura,
Y el dulce nombre de madre
Invocaba con angustia!

Movido entonces mi pecho
De piedad y de ternura,
Al alto cielo por ella
Pedí con ferviente súplica.

Dió en su frente un tibio rayo
De la macilenta luna...
¡ Oh Dios! ¡ Eras tú, mi amiga!
¿ Comprendes ya mi amargura?

El dolor abrió mis ojos,
Y pensé que el alma ilusa
En sueños llorado habria
Quiméricas desventuras.

Mas ¡ ay! ví la negra gasa
Que tu noble talle enluta,
La rosa de tus mejillas
Ví descolorida y mústia...

¿ Qué puedo hacer, infelice,
En tu tristeza profunda,
Cuando has perdido en la tierra
Tus dichas una por una,

Sino llorar á tu lado,
Y compartir tus angustias,
Y pedir á Dios que blanda
Su paz en tu pecho infunda?

XXXVI.

LEY DE LA VIDA.

LA MADRE.

¿ Por qué ya no buscas mi amante regazo?
¿ Por qué te querellas con voz de dolor?
¿ No anhelas mi beso? ¿ Te cansa mi abrazo?
¿ Qué tiene mi amor?

LA HIJA.

No sé, madre mia, qué vaga tristeza
Me infunde del alba la luz celestial;
Mas siento mirando su dulce belleza
Un ansia mortal.

LA MADRE.

Eso es, pobre jóven, que el alma en el sueño
Recobra un instante su ansiado vigor ;
Mas ya que sacude su grato beleño
Despierta al dolor.
Tú dejas ahora la edad de inocencia
Y al lejos descubres dorado confin..
Si vas á ganarlo, tendrá tu impaciencia
Pesares sin fin.

LA HIJA.

¿Y quién, madre mía, podrá arrebatarme?

LA MADRE.

Quimeras que ciega te lleven en pos.

LA HIJA.

No temas, que nunca podrán engañarme.

LA MADRE.

¡Sosténgate Dios!

XXXVII.

LA HERMOSA INÉS.

Inés, la hermosa doncella
De dulce mirada triste,
La de los rizos de oro,
La de mejillas de virgen,
La de las dulces palabras,
La del corazón sensible,
Tierna y pura como un ángel,
Como tierna y pura humilde,
Inés — aunque no lo diga

Claros sus ojos lo dicen —
Lleva traspasado el pecho
De un amor inextinguible
Por un mancebo que ignora
Que muere quien por él vive;
Pues la desventura siempre
Como su sombra la sigue.

Vedla, vedla : antes que el cielo
Con el fuego del sol brille,
Al pié de la cruz del valle,
Que á lo lejos se distingue,
De sus dulces compañeras
Para siempre se despide,
Mezclando su propio llanto
Con el llanto que recibe.
— ¡Adios, infeliz doncella!
— ¡Adios, doncellas felices!
Y parte, y camina... Lejos
Se pára; vuélvese triste;
Por última vez las mira,
Y « ¡adios!» con dolor les dice.
¡Ay! La desventura siempre
Como su sombra la sigue.

Inés es huérfana : sola
En continua muerte vive,
Sin mirar una sonrisa
Cuando alguna vez sonrie,
Sin escuchar un gemido.

Cuando, como siempre, gime.
Ya dolorida abandona
Los deliciosos confines
Del vergel donde ha gozado
Sus ensueños infantiles.
Va á la ciudad, tras la suerte
Que su esperanza la finge;
Mas... ¿quién la llama á lo lejos?
—Una voz que canta triste.

¡Ay! La desventura siempre
Como su sombra la sigue.

II.

Ya está en la ciudad : sus ojos
El bien ansiado distinguen :
Cual nunca bello horizonte
Le aparece bonancible ;
Mas ¿acaso en las ciudades
La pura verdad reside?
Del que adoraba olvidóse,
Y ardiendo en amores vive ;
Que en otros ojos de fuego
Abrasó su alma de vírgen ;
Mas á su vez se olvidaron
De su amor puro y sublime,
Y el desengaño en castigo
Hirió su pecho sensible...
¡Ay! El infortunio siempre
Como su sombra la sigue.

Llena de amargas memorias,
La desventurada dice:
«Llamé de amor á las puertas
«Mas no quisieron abrirse,
«Que son para el desdichado
«Aun más que bronce inflexibles.
«Pronto, pronto á vuestro seno
«Volveré, bellos confines,
«Donde feliz he gozado
«Mis ensueños infantiles;
«Que en este vértigo impuro
«Que nunca, nunca se extingue,
«No hallé dicha cual mintieron
«Mis esperanzas felices...
«¡Ay! El infortunio siempre
«Como mi sombra me sigue.»

III.

Inés ha vuelto á su valle...
Miradla allí cuál sonríe
Sentada á la fresca sombra
De los álamos gentiles.
Allí están sus compañeras
Que con sus brazos la ciñen
Y escuchan embebecidas
Lo que en dulce voz les dice:
«No abandoneis vuestras chozas
«Donde la pureza vive,
«Que el aire de las ciudades

«Los corazones oprime.
«¡Cuánto he llorado lejana,
«Lejana de estos confines!
«¡Ay! La desventura siempre
«Como mi sombra me sigue.»

Suspira, y otro suspiro
Siente resonar la vírgen...
Vuelve sus ojos... ¿Qué encuentran
Para que al suelo se inclinen?
¡Ay! El mancebo que amaba
En sus primeros abriles,
Lleno de amor generoso
La está contemplando triste.
Trémulos como las hojas;
«¡Inés, perdóname!» dicen;
Y arrebatados del fuego
Que arde en sus almas felices,
Se abrazan entre suspiros
De ventura incómprensible.
¡Ah! ¡Por fin el infortunio
Se cansó de perseguirte!

XXXVIII.

ELVIRA.

Quando despunte en el oriente el día
Ve, Elvira, al seno de la selva umbría,
Á oír del viento el apacible son;
Y sentirás cuán triste en la espesura
Un nombre dulce con dolor murmura,
Como lamento amargo de afliccion.

Quando la tarde en el ocaso muera
Y de cárdena luz bañe la esfera,
Ve á la ribera del tranquilo mar;
Y á las olas, y al céfiro, y al viento
Juntos oirás con misterioso acento
Tan regalado nombre murmurar.

Cuando la noche en vuelo silencioso
Haya tendido su crespon umbroso,
Junto al abismo del torrente ve;
Y entre su estruendo y su fragor, perdido
Gemir oirás un eco dolorido
De voz que invoca suspirada fe.

Es ¡ay!, gentil Elvira, que en la pena
Que por tu amarga ingratitud le llena
De desconsuelo y de mortal dolor,
Va un mancebo su pena lamentando;
Y bosque, mar, torrente, van contando
Tu hermoso nombre y su infeliz amor.

XXXIX.

EL TRONCO SECO.

En desnudez estoy viendo
Las áridas mudas ramas
Que vistió la primavera
De verdes hojas galanas.

No ya por tus venas corre
Dulce y fecundante sávia;
Ya se ha secado la fuente
Que á tu sombra murmuraba.

Ayer plácidas gemian
En tu follaje las auras:
Hoy en tus ramas el cierzo
Áspero silbido lanza.

Y ¿porqué, al verte, á mis ojos
Sale una furtiva lágrima?
¿Porqué con vaga tristeza
Mi pecho un suspiro exhala?

¡Ay! Con tu aspecto sombrío
Fiel nuestra vida retratas
Cuando la ilusion ha muerto,
Cuando ha muerto la esperanza.

XL.

LAS HADAS.

Cual leves sombras enamoradas
A media noche vienen las hadas
Sobre las márgenes
Del lago azul.
Los ojos quieren ver su hermosura ;
Pero envidiosa la niebla oscura
Sus formas cándidas
Vela en su tul.

Dicen que bajan para consuelo
De los que lloran en triste duelo,
De los que víctimas
Son del dolor.
Venid, oh sombras, al alma mía,
Que entre tormentos de la agonía,
Deshecha en lágrimas,
Muere de amor.

XLI.

AMOR A LA SOLEDAD.

No me llares, ni pretendas,
Con tan bellas esperanzas
Que abandone esta campiña
Donde vive alegre el alma.

¿Cómo quieres que yo deje
Estas vegas encantadas,
Que fecundan los arroyos,
Que acarician ledas auras,

Que matizan bellas flores,
Verdes árboles y plantas,
Que resuenan con los trinos
De las aves solitarias,

Con la voz de los mancebos,
Y el cantar de las zagalas,
Y el murmullo de las hojas,
Y el murmullo de las aguas?

¿Tal vez quieres que abandone
Esta agreste dulce calma,
Por las recias tempestades,
Por las sordas oléadas

De los pueblos donde moran
La amargura y la desgracia,
La ilusion que brinda bienes,
El desengaño que mata?

No : bastante el alma mia,
Por sus sueños arrastrada,
Pagó un tiempo su tributo
A tan quiméricas ansias.

Ya no busco la grandeza
Que en la tierra impera vana :
Ya no anhelan mis oídos
Los clamores de la fama.

Solo quiero en paz oscura
Sentir que mi vida pasa
Como arroyo solitario
Bajo la verde enramada.

Porque al fin de nuestra vida,
La verdad, que nunca engaña,
Al llamar á nuestras puertas
Con su mano soberana,

Mientras disipe tus sueños,
Escuchando mis plegarias,
Sembrará en tí desengaños,
Fecundará mi esperanza.

Poeta nudo, hoy un regazo
Las entenas han perdido
Solo, solo está en alma
¿Dónde fue tu dulce calma?
Bella nuda
De un momento
Que deslucha el cielo sabe
Responda por el día!

XLII.

¿Quién, oh madre, los dolores
Que tu espíritu devora
Mira el cielo que colman
Misterioso.

CONSUELO.

¿Quién la clara luz empaña
Que en tus dulces ojos brilla?
¿Quién tu cándida mejilla
Con acerbo llanto baña?
Cese, cese la amargura
Do se anega tu alma pura,
Que á tu queja
Blando el cielo
Misteriosa luz refleja
De ventura y de consuelo
Hoy un ángel se ha dormido
Para siempre en tu regazo:

Pobre madre, hoy un pedazo
Tus entrañas han perdido.
¡Sóla, sóla está tu alma!
¿Dónde fué tu dulce calma?
¡Bella nube
De un momento
Que deshecha al cielo sube
Disipada por el viento!

Calma, oh madre, los dolores
Que tu espíritu devoran;
Mira el cielo que co'oran
Misteriosos resplandores.
Esa estrella peregrina,
Que tus pasos ilumina,
Viene á darte
La bonanza
Que á los míseros reparte
La benéfica esperanza.

Si hoy un ángel te ha dejado,
Subió en triunfo á la alta gloria:
Va á esperarte en su victoria
De auréola coronado.
¡Ah! no llores, madre triste:
Tú verás al que perdiste
Donde eterno
Luce el día,
Do no muere el amor tierno,
Do no muere la alegría.

XLIII.

À MI MADRE.

(EN SUS DIAS.)

No pienses, madre mia,
Que lejos de tu amor tu amor olvido,
Ni que en dulce alegría
Mi pecho embebecido
Es ¡ay! feliz cual á tu lado ha sido.

Desde el amargo instante
Que de tí me alejé lloro mi pena:
Mi corazón amante
Vive en ruda cadena,
Y el alma herida y de amargura llena

Doradas ilusiones
Ante mis ojos mágicas pasaron,
Y en vivas emociones
Mi espíritu inflamaron,
Y raudo tras de sí le arrebataron.

Pensé ceñir de gloria
Un lauro, madre, para tí: sediento
Corrí tras la victoria...
¿Qué halló mi pensamiento
Donde soñó la gloria y el contento?

Estériles abrojos
En vez de flores de fragancia pura;
Llanto para mis ojos,
Y noche de amargura
De lo futuro en la tiniebla oscura.

¡Ay! Pronto de su sueño
El alma despertó, de angustia herida:
Dejó su loco empeño:
Hoy ya solo escondida
Quiere en humilde paz pasar su vida.

Por eso amante vuela
Á refugiarse en tu benigno seno
Que su dolor consuela:
Tu amor de dicha lleno
Será para su angustia iris sereno.

Mas ¡ah! si venturosa
Debe seguir de hoy más oculta senda,
Oh madre cariñosa,
Sobre mí en dulce prenda
Tu dulce bendicion grata descienda.

Tu dicha es mi consuelo.
Por ella, oh madre, en tan glorioso día,
Con voz de santo anhelo,
Ferviente el alma mía
Al alto cielo su oracion envia.

Los ángeles hermosos
Bajen á tí cantando en nube ardiente;
Y traigan amorosos
De Dios Omnipotente
La eterna bendicion sobre tu frente.

XLIV.

IMAGEN.

¿Por qué de dolor agudo
Presa en otoño me siento
Al ver que arrebatada el viento
Las hojas en soplo rudo?
¿Por qué ante un árbol desnudo
Se oprimen los corazones?
— Esas vagas aflicciones
Nacen de que el alma advierte
Cómo el soplo de la muerte
Borra las generaciones.

ANTES , AHORA , DESPUES.

ANTES.

- Almas ¿ adónde volais ?
—Donde el gozo nos convida.
—¿Vais á la muerte ?
— Á la vida.
— ¡La vida ! ¿ Y tan presto vais ?
— El gozo y la paz , en ella
Esperan nuestra llegada.
— Sabeis de lo que es morada
Esa morada tan bella.

AHORA.

- ¿Qué buscan esos mortales
Con anhelar tan ardiente ?

—La paz del alma doliente.
¡ Sus ensueños celestiales !
—¿ Tú qué pides?
—El honor.
—¿ Qué buscas tú?
—La victoria.
—¿ Y tú?
—Yo anhelo la gloria.
—¿ Y tú?
—La fe del amor.
—¿ Y pensais encontrar tanto?
—Y más.
—¿ Así lo creéis?
Entonces ¿ porqué verteis
Furtivas gotas de llanto?

DESPUES.

—¿ Adonde vais de esa suerte?
—Huyendo vamos del suelo.
—¿ Y á dónde volais?
—Al cielo.
—¿ Y á quién llamais?
—Á la muerte.
Ella se mueve á piedad
Por el alma que suspira:
Ya hemos visto la mentira...
¡ Queremos ver la verdad!

XLVI.

EL FRUTO DE LAS PENAS.

Si la tristeza y el dolor, señora,
Como crisol el alma purifican,
Y la llevan al seno de la muerte
Para entrar por las puertas de la vida;
Si el mortal que de penas agobiado
Sufre sin murmurar su suerte impía,
Recibe en otra patria la corona,
Galardon inmortal de sus desdichas,

¿Cómo quieres que al verte amargas quejas
Cual siempre exhale con dolor mi lira?
¿Por ventura no sé tu amarga historia,
Pobre en placeres y en tristezas rica?

¿No estoy viendo tu cándida inocencia,
Inmarchitable flor de aroma henchida?
¿Y sabiendo la palma que mereces
He de llorar las penas que te agitan?

No: tu sencillo corazón me pide
Himnos de amor, canciones peregrinas
Que publiquen tu gozo de mañana,
No tu presente angustia, oh dulce amiga.

Por eso al ver que llevas en tu frente
Esperanzas que nunca se disipan,
Al percibir el eco misterioso
Que dice sin cesar al alma mía:

«¡Ella feliz que sufre resignada
Y que firme esperando al cielo mira!»
Venciendo mi tristeza te saludo,
Lleno de gozo, en cántiga sencilla.

Esta es la flor que tributarte puedo
En el jardín de la amistad cogida.
En ella van tu nombre y mi ternura:
Oye mi voz, y acéptala benigna.

XLVII.

MEDITACION.

(A D. JOAQUÍN JOSÉ CERVINO.)

Vuela, brisa de otoño,
A reanimar mi pecho fatigado
Por el rigor del caloroso estío.
Aquí me tienes sin vigor postrado;
Invocando tu aliento
Bajo el dosel del álamo sombrío.
Y mientras al fulgor de la mañana
Saludo tu venida en blando acento,
Oigo sonar la cántiga amorosa
Con que tropa galana

De pájaros cantando
Te llama por los aires revolando.

La flor azul del rústico tomillo,
La verde pompa del gentil romero,
Quieren en este monte,
Con su verdor primero,
Tornar á revestir la madre tierra
Y llenar de su aroma el horizonte.
En su seno el olivo
Copioso fruto encierra,
Y murmura á tus hálitos süaves;
En tanto que á mi frente,
Sobre la parda y encumbrada roca,
Negra legion de carniceras avés
Asorda el vago ambiente
Con su ronco graznido,
Desde los senos del horrible nido.

El aura campesina
Que cariñosa mece mi cabello,
Que en los frondosos pinos juguetea
Y en los nervudos brazos de la encina,
Mi espíritu recrea
Con los rumores del lejano río
Que á las plantas serpea
De la noble ciudad que me dió aliento:
Mas ¡ay! que al percibir el pecho mio
Un súbito lamento,
En vivo afan mi júbilo se muda;

Sale á mis ojos lágrima ignorada,
Claro pregon de mi congoja ruda;
Y cual nube del cierzo arrebatada
Desparece en un punto la alegría
Que en esta soledad, de paz tesoro,
Mi pobre y triste corazon sentia.

¡Negra memoria! Cuando el dulce seno
De mi patria dejé, sobre su frente
El vuelo presuroso,
Al mandato de Dios Omnipotente,
El Ángel de la muerte derramaba,
Y al funesto presagio temerosa
Su corazon de luto se adornaba.
¡Ay! ¿Qué será de tí, flor del Segura,
Por tan recia tormenta combatida?
¿Qué será sino cáliz de amargura
Aquel que un tiempo, henchido de perfume,
Era emblema de vida,
Hoy que enemiga suerte
En hondo abismo tu esperanza sume,
Y en luto y duelo tu beldad convierte?

¿Quién sabe si al tornar de mi retiro
Encontrará mi corazon en ella
Las prendas caras que dejé entre llanto?
Tal vez mientras respiro
Esta brisa de paz, mortal querella
Arrancará á sus almas el quebranto;
Y los seres que encanto

Fueran un tiempo de mis tristes horas,
Al acento del Ángel que los llama,
Como secas espigas tembladoras
Inclinarán con lágrimas la frente,
Sin que mi noble pecho que los ama
Pueda asistir á su clamor doliente.

Señor, *Tú* que en el trono de los cielos
Oyes la voz del que con fe te invoca;
Tú, raudal inexhausto de consuelos
Al que sus dichas en tu amor coloca,
Mírame aquí postrado en mis dolores
Ante la cruz en que murió tu Hijo,
Pidiendo á tu clemencia,
Grande cual tu justicia,
Que apartes ya tu enojo y tus rigores,
Y muestres en tu amor tu omnipotencia,
Siempre al triste y al misero propicia.

Así, Bondad suprema, eterno amparo
De la fe y el dolor, así te llaman
Los que hoy su frente al infortunio inclinan,
Y bendicen tus juicios y te aman.
Ya ese clamor del hombre
Que gime en las ciudades;
Ya los rumores, de misterio henchidos,
Que llenan las campestres soledades,
Por el amor movidos
Te llaman á la vez, porque clemente
Al ruego de tu Madre y Madre mía

Desarrugues el ceño de tu frente,
Huya el dolor y torne la alegría.

Oyelos, pues, y muestra que eres Padre:
Muéstrales que eres fin de su esperanza:
Y si tanto clamor y duelo tanto
Á desarmar tu indignacion no alcanza;
Si quieres un cruento sacrificio
Que aplaque tu rigor, ve cuál se ofrece
Mi ardiente corazón, con gozo santo,
Porque al hombre infeliz mires propicio.
Alivia al que padece,
Y seca en mí las fuentes de la vida.
No te tardes, Señor, que en vivo anhelo
Esta merced imploro;
Y *Tú* sabes qué dicha tan preciada
Al alma fuera, oh Dios á quien adoro,
Por desterrar tormento tan profundo,
Hallar tumba ignorada
En esta soledad, lejos del mundo.

EL CANTO MISTERIOSO.

¿Quién me canta? ¿Qué espíritu posa
Con ternura la mano en mi lira
Que sus cuerdas, cual voz misteriosa,
Resonaron con dulce clamor?
¿Es el viento que blando suspira?
¿Es quimera tal vez de mi amor?

Al vibrar tan celeste sonido
Se mitigan y aduermen mis penas,
Y á mi pecho de afan suspendido

Blanda torna la paz que perdí ;
Rompe el alma sus tristes cadenas ,
Vuela, vuela muy lejos de aquí.

À la luz de la pálida luna
Que entre nubes de plata lucía
He cantado la dulce fortuna
Que otro tiempo mis pasos guió ;
Pero nunca tan blanda armonía
De mi lira en raudales brotó.

Al nacer la serena mañana ,
Junto al mar en su lecho adormido ,
Ante el sol, que entre nubes de grana
Se ocultaba en las ondas , canté:
Nunca, nunca tan tierno gemido ,
Tan angélico acorde escuché.

Dí: ¿quién eres, oh tú, que no cesas
De entonar apacible tus cantos ,
Que mi alma de gozo embelesas,
Que suspendes mi fiel corazón?
¿ Sois vosotros, espíritus santos,
Que bajais de la etérea region ?

¡ Ah! tú has sido, celeste hermosura ,
Que otro tiempo moraste en la tierra :
Ciego el hombre te huyó en su locura,

Mas yo siempre tu encanto adoré :
En tu nombre el tesoro se encierra
De la dicha , el amor y la fe.

Blanca hiendes el aura á mis ojos ,
Como sombra de amor salvadora
Que bajaste á calmar los enojos
De mi amarga infeliz soledad...
Tú consuelas al triste que llora :
¡ Yo te adoro , celeste *Piedad!*

XLIX.

EL BALLESTERO.

(A JUAN A. BIEDMA.)

Es la noche. ¡Qué reposo
Vago aduerme monte y llano!
Con murmullo misterioso
Sordo zumba el mar lejano.
Limpia y sin nube importuna
Luce en el cenit la luna.
Manso viento
Cruza por la selva umbría,

Y á su aliento
Música apacible suena...
¡Noche de amor y armonía!
¡Noche azul de encantos llena!

Sobre la gótica torre
De aquel castillo sombrío,
Por cuyo pié sordo corre
En turbias ondas un río,
Con ademan rudo y fiero
Vela un viejo ballesteró:
Triste canto

Murmura con voz de queja;
Y entretanto
Sobre la férrea armadura
La blanca luna refleja
Su luz argentada y pura.

Y así canta sin cuidado:
«Jugóse, pardiez, mi suerte:
He de vivir de soldado
Hasta que venga la muerte.
Á mi pobre madre anciana
Cierta ladina gitana
Lo predijo.

Mas ¿quién teme la fortuna?
No me aflijo
Porque me declare guerra;
Porque sin piedad alguna
Con estos grillos me aferra.»

«Ninguno en verdad se cuida
Del oscuro ballestero:
Negra, por Dios, es mi vida,
Mas en ella morir quiero.
Cuando lid-revuelta estalla,
Yo el primero á la batalla
Me adelanto:
Cierro contra esos infieles;
Y el espanto
Sembrando entre los malditos,
Los ahuyento cual lebreles
Á mis flechas y mis gritos.»

«Y cuando estoy en la almena
Del castillo de mi dueño,
Con alma al temor ajena,
Yo soy quien guarda su sueño.
Si al fin mi suerte es traidora,
Como predijo en mal hora
La gitana,
No en herirme se detenga
La inhumana:
Ya se puede ir preparando,
Que cuando la muerte venga
La he de recibir cantando.»

En esto con silbo agudo
Viene una flecha lanzada
Á estrellarse en choque rudo
Contra la torre almenada.

«Traicion!» grita. La ballesta
Tiende... Con otra contesta...

Y un gemido

Por la montaña responde

Comprimido...

Y las almenas, ligeros,
Mientras la luna se esconde,
Coronan cien ballesteros.

L.

DICHA PERDIDA.

Oh tú, de mi niñez casta ventura,
¿Por qué para mi mal veloz huiste?
Del bien que me brindabas solo existe
Pálida imagen que en la mente dura.

Sueño has sido no más. Tiniebla impura
Hallé en vez de la luz que me ofreciste...
¿Quién te dará la paz, corazón triste?
¿Dónde tu dicha morará segura?

Así lloraba el alma dolorida ,
Victima injusta de enemiga suerte ,
Cuando celeste voz clamó escondida :

« ¿ Por qué , mortal , no sabes conocerte ?
« Nacer para sufrir ; ¡ tal es la vida !
« Morir para triunfar ; ¡ tal es la muerte ! »

II.

CARIDAD.

Rigiendo tu carro de fuego vestido ,
Benéfico asciendes , oh sol celestial ;
Y el orbe que en sombra se hallaba sumido
Saluda tu llama , de júbilo henchido ,
Con himno inmortal.

Por tí resplandece la célica altura ,
Reaniman los montes su muerto verdor ,
Y un mar es de fuego del mar la llanura ;
Pues ve en tí la tierra que alegre fulgura
Su esposo y su amor.

Do quier á tu paso desparces ardiente
Tu lumbre que anima la tierra y el mar ;
Y luego que bajas al turbio occidente
Las nubes comienzan en coro doliente
Tu muerte á llorar.

Mas viene la luna que en nubes de plata
Consuelo y ternura derrama do quier ;
Y al ver que medrosa tu imágen refrata,
La tierra afligida su seno dilata
Con triste placer.

Así el que sus manos al débil que llora
Benéfico tiende , cual padre de amor ,
El bueno que siempre piedad atesora ,
Es sol de consuelo , y es luz salvadora
Que ahuyenta el dolor.

—Vosotros, mortales, que hollaís la alta cumbre
Do el pobre os contempla con honda ansiedad ,
Y veis en su llanto su fiel mansedumbre,
Sed soles que viertan purísima lumbre
De santa piedad.

Si oís el acento del bien que os reclama ,
Con pródiga mano del bien id en pos ;
Y, en vez de un arrullo de mísera fama ,
Oireis el acento del triste que os llama
La imágen de Dios.

Y luego que os marque la muerte sombría
La tumba que os debe del mundo ocultar,
Cual lloran las nubes al astro del día ,
Vendrán los que os pierden con honda agonía
En ella á llorar.

Será vuestro nombre del triste en el duelo
Imágen celeste de un astro de paz ;
Memoria que vierta más dulce consuelo
Que vierte la luna si asoma en el cielo
Su angélica faz.

LA PASTORA Y EL PEREGRINO

Volvendo a ver de la imagen
Un momento de su vida
Se le acuerda el peregrino
Un peregrino de verdad

—El peregrino de verdad
—El peregrino de verdad
—El peregrino de verdad
—El peregrino de verdad

Y luego por las montañas la tierra cubren
La tumba por donde del mundo cubren
Y así los montes al cielo se elevan
Y en las montañas picadas con honda aguda
Se eleva a Dios.

Sea vuestro nombre del cielo en el cielo
Imágenes de un cielo de paz
Mientras que viera una dulce canción
Que viera la luna se asoma en el cielo
Un ángel en las.

Y así que viera la luna en el cielo
Y así que viera la luna en el cielo
Y así que viera la luna en el cielo
Y así que viera la luna en el cielo
Y así que viera la luna en el cielo

Y así que viera la luna en el cielo
Y así que viera la luna en el cielo
Y así que viera la luna en el cielo
Y así que viera la luna en el cielo
Y así que viera la luna en el cielo

Si así el cielo del bien que se eleva
Con prodigio más del bien del cielo
Y así que viera la luna en el cielo
Y así que viera la luna en el cielo
Y así que viera la luna en el cielo

Si como hermosa eres para
Tendrás tu amor como
Por el cielo del poder humano
Por á ti se acoge en su pecho

— En mi canto del cielo
Que yo sé vuestro amor
— Alma generosa y pia
Dios te pague tal merez

LII.

Cantar en vuestro pecho
Que yo á un pastor en tanto
Y al escuchar aquel canto
En un suspiro la doncella

LA PASTORA Y EL PEREGRINO.

— ¿Suspiros
— ¿Triste de mí
— ¿Es tu fortuna conmigo?
— ¿Ay... hoy por que consigo
La dulce paz que perdi

Volviendo ayer de la fuente
Una doncella cantando
Se le acercó suspirando
Un peregrino doliente :

— Guarde el cielo á la pastora.
— Él guarde al buen peregrino.
— He perdido mi camino,
Y á más la sed me devora.

Si como hermosa eres buena
Tiéndeme tu amiga mano :
Ten piedad del pobre anciano
Que á tí se acoje en su pena.

— En mi cántaro bebed
Que yo seré vuestra guía.
— Alma generosa y pía ,
Dios te pague tal merced. —

Cantar en son de querella
Óyese á un pastor en tanto ,
Y al escuchar aquel canto
Da un suspiro la doncella.

— ¿ Suspiras ?

— ¡ Triste de mí !

— ¿ Es tu fortuna enemiga ?

— ¡ Ay !... Rogad porque consiga
La dulce paz que perdí.

LIII.

GLORIA DE LA TIERRA.

¿ Dónde están mis ilusiones ,
Gloria de la tierra impía ?
De mí veloces huyeron
Como palomas perdidas .

Cuando clara despuntaba ,
Cual una aurora de dichas ,
De mi dulce adolescencia
El alba pura y tranquila ,

Vinieron y fascinaron
Con su luz el alma mía,
Que las acogió amorosa,
Pródiga de sus caricias.

Prometiéronme tesoros
De ventura apetevida;
Valles de eterna verdura;
Lagos que el céfiro riza;

Y cuando tiendo la mano
Tras ellas, con ánsia viva,
Los castillos de mis goces
Como el humo se disipan;

Y en vez de prados alegres,
En vez de apacibles brisas,
Encuentro incultos breñales,
Piélagos que el cierzo irrita.

¡Cuán caras costais al alma,
Ilusiones fementidas!
Por un momento de halago,
De amargura eternos días.

Brindais flores, y al tocarlas
Se convierten en espinas;
Brindais mieles, y en los labios
Se convierten en acíbar.

¡La gloria! Dorado sueño,
Fantasma que nos cautiva,
Hada que ofrece coronas,
Estrella que al hombre guía...

¿Por qué te ví en los delirios
De mi juventud sencilla?
¿Por qué en mi pecho encendiste
Hoguera de luz divina,

Si luego en vez de ceñirme,
Como un tiempo lo mentias,
La misteriosa corona
De laurel y siempreviva,

Con aquella misma llama
Que tú encendiste benigna
Era fuerza que tornases
Mi corazón en cenizas?

¡Huye de mí! Tiende presto,
Tiende el ala purpurina,
Y busca otro ser dichoso
Á quien coronar propicia.

Estas lágrimas de sangre,
Que ruedan por mi mejilla,
Son las que brotan del alma
por tu ingratitud herida.

Mi corazon generoso,
Que despierta en su agonía,
Recuerda el valor que un tiempo
Fué su preclara divisa.

Hoy, desdeñando la copa
Con que pérfida me brindas,
Juro, no más en tus aras
Doblar débil la rodilla.

¡Ójalá hubiese escuchado
Lo que el alma me decia;
Que tú, gloria de la tierra,
Eras humo, eras mentira...

¡Necio el que por tí anhelante
Entre tormentos se agita;
Por tí, por tí que al fin eres
De la gloria sombra fria!

Deja, pues, corazon, deja
Esas quimeras indignas
Que á un Eden llevar prometen,
Y al abismo precipitan.

Los que en ellas ciegos buscan
Galardon á sus fatigas,
Miren en tu afan el premio
Á que engañados aspiran.

Si anhelas el noble impulso
Que como escala divina
Á las ínclitas acciones
Al débil mortal sublima;

El bien, el bien solamente
De espuela y faro te sirva
Para dar por tus hermanos
Hasta tu honra y tu vida.

Si por *el bien* solo vives,
Si *al bien* consagras tus dias,
No buscarás recompensas
Á tu afan y á tus vigiliass;

Que el bien lleva la corona,
Y corona merecida,
De hacer eterno tu nombre,
De hacer eterna tu dicha.

Así con amante júbilo
Rosa de Abril
En tanto que fuerdes placido
sueño por ti
Ardeando en amor juramento
Para tu bien,
En esta mansión de lágrimas
Tu será este
LIV.
Descansa al arrullo lánguido
De mi canción
Que mientras dormes, soñoliento
Voz mi amor

CANCION MATERNAL.

En nubes de rosa y púrpura,
Niño feliz,
Cantando tiernos los ángeles
Llegan á tí.
Al son de su coro célico,
Gozosos van,
Sellando en tu frente un ósculo
De amor y paz.
¿No escucha su ledo cántico
Tu corazón?
En él te llamas benéfico
Ángel de Dios

Así con amante júbilo,
Rosa de Abril,
En tanto que duermes plácido
Sueño por tí.
Ardiendo en amor purísimo
Para tu bien,
En esta mansion de lágrimas
Tu ángel seré.
Descansa al arrullo lánguido
De mi cancion;
Que mientras duermes, solícito
Vela mi amor.

CAJONES WATERVA

En nubes de rosa y júpiter
Zéfiro feliz,
Cantando téxenos los ángeles
Llegan a tí.
Al son de su cántico
Los corazos van
Sullando en la frente un ósculo
De amor y paz.
Yo escucha su lobo vidente
Tu corazón
En el te llaman benéfico
Ángel de Dios

¡Vuelve a mí, que te llaman llorando el alma mía!
No desoigas mis voces; ¡Oh viento, vuelve a mí!
Aunque no comparezcas con el sol en el horizonte
Ella fuera hermosa viviendo sola en el

Como blanca paloma como vire púas
Tan lejos de mí alma, tan lejos de su fe?
LV.
Ah! Yo canto tanto, ciego, desamparado, triste
¿E digna de ternura, de amor, nada halló

¡VUELVE A MÍ!
Tú volabas mi vida, mi vida, mi vida
Mas no comprendí luego tu lenguaje divino
Tú baiste, y me desististe, y el corazón anidado
Se sintió ópraco, entonces, de un sentido mortal

¡Déjame que respire tu embalsamado aliento!
¡Déjame que á tus plantas espire de dolor!
¡Mi corazón es tuyo! ¡Tuyo mi pensamiento!
¡Recibe entre tus manos mis lágrimas de amor!

Tú luces en la noche de mi doliente vida
Con el fulgor que vierte la luna celestial;
Tú renuevas un alma mística y desfallecida;
Tú me llevas á un mundo de júbilo inmortal.

Tu voz suena en mi oído como el clamor postrero
Que exhalan en sus cantos el cisne y el alción;
Como la voz de un ángel que vuelve placentero
Venturas y esperanzas á un muerto corazón.

¡Vuelve á mí, que te llama llorando el alma mia!
¡No desoigas mis ayes! ¡Oh virgen, vuelve á mí!
Aunque no comprendieses cuál es su idolatría
Ella fuera dichosa viviendo solo en tí.

¿Cómo, blanca paloma, cómo vivir pudiste
Tan lejos de mi alma, tan lejos de su fe?
¡Ah! Yo entre tanto, ciego, desamparado, triste,
Ni dicha, ni ternura, ni aliento, nada hallé.

Tú velabas mi vida cual un ángel piadoso,
Más no comprendí ciego tu stirpe divinal;
Y huiste, y me dejaste, y el corazón ansioso
Se sintió opreso entónces de un vértigo mortal.

¡Qué soledad tan negra pasé sin tu ternura!
¡Qué días de tormento! ¡Qué horrible padecer!
Cual pobre caminante perdido en noche oscura,
Sentéme sin alientos, ansiando perecer.

Mas ví una clara estrella surgir en lontananza...
¡Cuán grato fué á mi pecho su celestial fulgor!
El consoló mi angustia, dió vida á mi esperanza...
¡Era el casto reflejo de tu sublime amor!

¡Ay! Vuelve á mí, que nunca te dejaré en la vida...
¡La huella de tu planta llorando besaré!
¡Ven y deja en mi alma tu alma confundida,
Oh mi dulce esperanza, oh mi amor, oh mi fé!

LVI.

LA ESTRELLA DE LA GLORIA.

(A UN JÓVEN PORTA.)

Ayer, á la fresca sombra
De un álamo susurrante,
Deliraba el alma mia
Por regiones celestiales;

Cuando, cual hoja de un árbol,
Que rápido lleva el aire,
Un espíritu invisible
Me arrastró en sus alas de ángel.

Condújome á la ribera
De un piélago inmensurable ;
Y como al soplo de un genio
Animado aquel paisaje ,

Vi tan raras maravillas,
Que mi espíritu anhelante
Se encontró bajo el influjo
De un encanto inenarrable.

Era un mar que murmuraba
Tan apacible y süave,
Que el aliento parecia
De un corazón sin pesares.

Llenaban la extensa playa,
Como seres idéales,
Cien mancebos que subian
En empavesadas naves.

En esto fulgente y puro
Por confines muy distantes
Surgió un astro de las aguas,
Del sol atrevida imágen ,

Y, velando de la luna
La claridad inefable,
Alumbró un lejano puerto
Con sus rayos rutilantes.

Himno de noble entusiasmo
Se sintió súbito alzarse,
Llenó las velas el viento
Y hendieron el ponto audaces.

Mas ¡ ay ! que ya cuando estaban
En la mitad de los mares
Y se acercaban algunas
Al puerto de sus afanes,

Bramó el huracan ; el rayo
Cortó estallando los aires ,
Y el mar hundió á casi todas
En sus ondas espumantes.

Solo algun fuerte piloto
Venciendo las tempestades,
Aunque con las velas rotas,
Despedazados los mástiles ,

Arribó á la hermosa tierra
Que en tan horrendo desastre
Dulce brillando seguia
Como los sueños de un ángel.

—Tambien con afan, oh hermano,
Entonces te ví lanzarte
Y cortar las pardas olas
En tu navecilla frágil.

Al conocerte, mis gritos
Te pidieron que tornases;
Mas mis clamores se ahogaron
En aquel rudo combate.

¡Ay! Aquella viva estrella,
Que brillaba tan radiante
Abrasando vuestro pecho
Con sus rayos inmortales,

Era el astro de la gloria
Que os alumbraba distante
Una region encantada
De venturas inefables.

Mas ¡oh placer! en la pena
Que ahogaba mi pecho amante,
¡Con cuánto gozo mi alma
Te vió domeñar los mares,

Humillar los elementos
Que muerte anhelaban darte,
Y llegar por fin en triunfo
Á aquella tierra envidiable!

¡Dichoso tú que ceñiste
En años primaverales,
Á costa de fe y denuedo,
El sacro laurel del vate!

Con lágrimas de ternura
Tan solo sabré ensalzarte,
Que tanto el genio merece
Premio á sus duros afanes.

Y cual se ve desde el suelo
Cruzar el éter triunfante
El águila poderosa
Con vuelo rápido y grave,

Así en mi oscuro retiro
Me gozaré en admirarte
Cuando en un cielo de gloria
Brille tu nombre radiante.

Con lágrimas de la noche
Tan solo sobre el pecho,
Que tanto el alma me
Prescindo á sus duras alas.

Y cuando ve desde el cielo
Crear el día y la noche,
El aylla poderosa
Con vuelo rápido y grave.

Del en un oscuro teatro
Me gozara en admirarla
Cuando en un rayo de gloria
Balle la noble radiante.

Y cuando en un instante
Se desmenuza en mil pedruzcos
El mundo que en un instante
Se desmenuza en mil pedruzcos.

¿Qué nombre puede darte confusa el alma mía
Cuando en su seno viertes lágrimas de alegría,
Lluvia en ajada flor,
Si solo de tí sabe que, en forma de ángel bello,
Del sol poniente luces en el postrer destello

Como vision de amor?
Jamás vió tu hermosura, pero do quier te siente.
Do quiera que descubre su vista indiferente
La dicha ó el placer,

La dicha ó el placer,
La dicha ó el placer,
La dicha ó el placer,

LVII.

ADIOS Á LA MELANCOLIA.

¿Qué nombre puede darte confusa el alma mía
Cuando en su seno viertes lágrimas de alegría,
Lluvia en ajada flor,
Si solo de tí sabe que, en forma de ángel bello,
Del sol poniente luces en el postrer destello
Como vision de amor?

Jamás vió tu hermosura, pero do quier te siente.
Do quiera que descubre su vista indiferente
La dicha ó el placer,

Sueña que vé tu rostro, tu lánguida mirada,
Y encuentra hasta en los goces del ánimo estampada
La huella de tu ser.

Espíritu de muerte tú engendras la amargura...
Espíritu de vida tú infundes la ventura...

¿Eres el bien ó el mal?

Tú estás en lo más bello que el universo encierra...

¿Serás tal vez nacido del cielo y de la tierra?

¿Un ángel ó un mortal?

En el murmullo triste del apacible río,
En el violento empuje del huracán bravío,
En el trueno veloz,
En el cándido arrullo de la blanca paloma,
En el trino del ave cuando la aurora asoma,
Allí suena tu voz.

En el perfume blando del lirio y la azucena,
En la ligera nube que en mañana serena
Cruzando el cielo vá,

En la brisa de otoño que arrebató las hojas,
Del sol que hunde sus rayos entre las nubes rojas,
Allí tu aliento está.

En el gemido tierno que exhala la doncella,
En el beso que un padre sobre la frente sella
Del hijo encantador,

En la voz del amigo que demanda consuelo,
En la oración doliente del huerfanillo al cielo,
Allí reina tu amor.

¿No es verdad, oh ser puro? Así al menos mi alma,
Á quien tú cariñoso devolviste la calma,

Piensa verte doquier...

Infundiste en mi mente tiernas inspiraciones

Y en el arpa vibraron indefinibles sonos

De pena y de placer.

Los que nunca escucharon tu quejumbroso acento

No saben la ternura que el corazón sediento

Bebe gozoso en tí;

Ni el espíritu entienden de mis tristes cantares,

Ni saben hasta dónde piadoso á mis cantares

La paz sembraste en mí.

Ya canté tus dulzuras; mas al fin fatigado

Del doliente camino que corrí entusiasmado

De tus huellas en pos,

Aquí mi canto acaba... Mi gratitud recibe,

Y en tus páginas bellas mi oscuro nombre escribe...

¡Oh mi consuelo, adios!

—138—

En os veréis, oh ser pino? A las niervas en las
 ¿quien tu cariso devalista la culpa? ¿quien
 Tienen varta doctores?

Influente en mi mente térras inspiraciones
 Y en el supy ritaron indeludibles sonas en raras
 De penas y de plases en raras en raras

Los que nunca escucharon tu quepandran canto
 No saben la ternura que el corazón sedienta en raras
 Hebe gaxosa en raras

Ni el espíritu entienden de mis tristes cantares
 Ni saben hasta dónde pisados mis cantares en raras
 Las fax sembraste en mis cantares en raras

La canto las dulzuras, mas al fin languidece
 Del doliente caminante por el entusiasmo en raras
 De las jugadas en raras

Ayer mi canto acaba... El gratioso teñido
 Y en las páginas bellas mi oscuro nombre escrito
 Con un consuelo, ahíto

INDICE.

	Páginas.
DEDICATORIA.....	V
PRÓLOGO.....	VII
INTRODUCCION.—EL ÁNGEL DE LA MELANCOLÍA.....	3
I.....—LA CASTELLANA.....	9
II.....—AL DESPERTAR.....	15
III.....—VIDA Y MUERTE.....	17
IV.....—INDIFERENCIA.....	21
V.....—LLANTO INÚTIL.....	23
VI.....—EL HIMNO DE LOS ÁNGELES.....	25
VII.....—EL CANTO DEL CISNE.....	31
VIII.....—EL ADOLESCENTE.....	35
IX.....—LA ADOLESCENTE.....	37
X.....—EL UNO PARA EL OTRO.....	44
XI.....—EL SUELO NATAL.....	43
XII.....—Á UNA CAMPESINA.....	47

Páginas.

XIII.....	—AMOR DE LOS TRISTES.....	54
XIV.....	—LA MUERTE DEL ANCIANO.....	53
XV.....	—AMA Á TU MADRE.....	57
XVI.....	—INVOCACION.....	64
XVII.....	—LOS ESCLAVOS.....	63
XVIII.....	—¡TE VÍ LLORAR!.....	67
XIX.....	—¡TRISTE ESTÁ MI ALMA!.....	69
XX.....	—EL PAJE.....	71
XXI.....	—LA PUREZA.....	83
XXII.....	—EL AMOR DE LAS FLORES.....	85
XXIII.....	—LA IMÁGEN.....	89
XXIV.....	—EN LA AURORA.....	93
XXV.....	—BAJO LOS SAUCES.....	95
XXVI.....	—SU SOMBRA.....	97
XXVII.....	—LA TARDE EN EL MAR.....	99
XXVIII.....	—BELLEZA Y VIRTUD.....	103
XXIX.....	—UNA HADA.....	105
XXX.....	—LA VUELTA DEL PROSCRITO.....	107
XXXI.....	—EL INFORTUNIO.....	109
XXXII.....	—ESPERANZA.....	115
XXXIII.....	—LA BARCA.....	119
XXXIV.....	—DIÁLOGO.....	121
XXXV.....	—VISION DE UN SUEÑO.....	125
XXXVI.....	—LEY DE LA VIDA.....	129
XXXVII.....	—LA HERMOSA INÉS.....	131
XXXVIII.....	—ELVIRA.....	137
XXXIX.....	—EL TRONCO SECO.....	139
XL.....	—LAS HADAS.....	141
XLI.....	—AMOR Á LA SOLEDAD.....	143
XLII.....	—CONSUELO.....	147
XLIII.....	—Á MI MADRE.....	149
XLIV.....	—IMÁGEN.....	153
XLV.....	—ANTES, AHORA, DESPUÉS.....	155
XLVI.....	—EL FRUTO DE LAS PENAS.....	157
XLVII.....	—MEDITACION.....	159
XLVIII.....	—EL CANTO MISTERIOSO.....	165
XLIX.....	—EL BALLESTERO.....	169

Páginas.

L.....	—DICHA PERDIDA.....	173
LI.....	—CARIDAD.....	175
LII.....	—LA PASTORA Y EL PEREGRINO.....	179
LIII.....	—GLORIA DE LA TIERRA.....	181
LIV.....	—CANCION MATERNAL.....	187
LV.....	—¡VUELVE Á MÍ!.....	189
LVI.....	—LA ESTRELLA DE LA GLORIA.....	191
LVII.....	—ADIÓS Á LA MELANCOLÍA.....	197

250

Biblioteca de
RUSSELL P. SEBOLD

